PQ 6553
.L5
Copy 1

THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Class PQ6553

Book .L5

MANUEL DEL PALACIO

40

UN LIBERAL

PASADO POR AGUA

RECUERDOS DE UN VIAJE Á PUERTO RICO

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE M. GUIJARRO, EDITOR
Preciados, número 5
1869

1

483
1520

UN LIBERAL PASADO POR AGUA.

MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

UN LIBERAL

PASADO POR AGUA.

RECUERDOS DE UN VIAJE Á PUERTO RICO

POR

MANUEL DEL PALACIO.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
Preciados, número 5
1868.

PQ6553
.L5

Es propiedad de Miguel Guijarro.

285439
27

DEDICATORIA.

Á los incautos que votaron la suspension de las garantías constitucionales,

UNA DE SUS VÍCTIMAS.

PRÓLOGO.

Voy á escribir la historia de un viaje
que hice yo sin dinero ni equipaje,
volviendo, aún no pasado un año entero,
tambien sin equipaje y sin dinero.
En esa ausencia corta
de que ni sé el motivo, ni me importa,
pues con ser español probado queda
merezco cuanto malo me suceda,
he visto muchas cosas,
magníficas, terribles ó graciosas,
repugnantes ó bellas,
borrascas, cielo, mar, negros y estrellas,
aunque estas, francamente,
las ve cualquiera aquí continuamente.
Unas veces llorando, otras riendo,
tranquilo hasta en el trance mas tremendo,
debiendo á la amistad consuelos gratos

y acaso al zapatero los zapatos,
lo mismo del magnate á la morada
que del pobre á la choza destechada,
paz llevé y alegría,
es decir, que llevé lo que tenia;
lo que guardaba allí del alma dentro,
y que quizás aquí busco y no encuentro.
Mas de un esclavo al estrechar mi diestra
su mirada endulzó torva y siniestra;
mas de uno al despedirme con cariño
dijo llorando: «Dios le ayude, niño.»
Cuando las olas de la mar sin freno
bastaban á apagar la voz del trueno;
cuando los tiburones
su racion reclamaban de riñones,
Dios oyó la plegaria del esclavo
y la tormenta serenóse al cabo.
Gracias á su bondad y á mi manía
de escribir lo que pienso cada dia,
van ustedes á ver en un librito,
al que yo llamaré bueno y bonito
y al que dentro de un rato
llamará un editor bueno y barato,
curiosos pormenores
de huracanes, borrascas y temblores;

anécdotas curiosas
de costumbres y tipos y otras cosas,
alegres pensamientos
que inspiraron quizá tristes momentos,
y todo aquello en fin que se me ocurra
y que á ustedes no aburra.
En cuanto de mi libro á la tendencia,
el quererla esplicar fuera inocencia;
yo seré siempre el mismo,
ya me atraiga la altura, ya el abismo.
Lo que adoraba ayer, lo que temia,
eso temo y adoro todavía,
lo que hoy me da suspiros ó galvana,
tedio y desden me causará mañana.
Del bien y la verdad pobre profeta,
visionario tal vez como poeta,
amor y caridad al mundo canto,
pero el límite sé de lo que aguanto.
Nunca el acento sonará en mi lira
del dolo, la ambicion ó la mentira,
antes que verla hipócrita ó perjura
al carro la echaré de la basura!

Madrid, junio de 1868.

EN UN CALABOZO.

¡Cuán triste debe ser y cuán amargo
vivir en este sucio asilo estrecho,
sintiendo sin cesar dentro del pecho
de la airada conciencia el justo cargo!
¡Cuántas horas de angustia y de letargo
ofrecerá al culpable el duro lecho,
y cuántas ¡ay! en lágrimas deshecho
de su existencia el fin hallará largo!
Pero á mí ¿qué me importa tu tristeza?
como en almohada de caliente pluma
reclino en tu tarima mi cabeza:
La culpa, no el castigo, es lo que abruma,
y rompe mi virtud toda vileza
como el alto bajel rompe la espuma.

Cárcel del Saladero, 26 mayo 1867.

ADIOS Á LA PATRIA.

Partamos! Ya la nave
con movimiento suave,
meciéndose en las olas
al viento el humo da:
Del bronce el estampido
ya el eco ha repetido,
adios, Cádiz la bella,
tu amor conmigo va.

—

Del sol á los reflejos
te miro aún á lo lejos
sirena seductora
que de la mar brotó:
Y al verte el alma mia

salud y paz te envia,
que en tí deja el proscrito
cuanto en la tierra amó.

—

Caricias anheladas
para mí mal gozadas,
venturas de un instante
perdidas para mí.
Magníficos ensueños
de tiempos mas risueños,
¿en dónde estais, en dónde,
que os busco en vano aquí?

—

Errante, solo, pobre,
del piélago salobre
cruzando voy la inmensa
terrible soledad.
Y al fin de este camino
me guarda mi destino
un mundo en que no tengo
ni amor, ni libertad.

Patria! te dejo en manos
de imbéciles tiranos,
de gente sin conciencia
ni pundonor ni fé.
Cuando de paz la aurora
te alumbre bienhechora,
cuando á luchar te aprestes
entonces volveré.

Cádiz, 30 de mayo.

EN ALTA MAR.

Mar que comencé á admirar
cuando en el paterno hogar
con tu arrullo me adormias,
hoy te vuelvo á saludar:
—Que tengas muy buenos dias.

—

No sin temor llego á tí,
que ya tus olas bebí
y con ellas la amargura,
y de tu fondo salí
quizá por mi desventura.

—

Hoy de una vida cansada
los desperdicios te entrego;

pero, aunque no valen nada,
que no les juegues te ruego
alguna mala pasada.

—

Acaso tranquilo ayer
de tu abismo en lo profundo
los viera con gran placer;
pero hoy por hoy, en el mundo
me queda un poco que hacer.

—

Tengo en plazos muy urgentes
que pagar ciertos dineros,
tengo amigos y parientes,
y varias cuentas pendientes
con algunos caballeros.

—

Y ya que desde el nacer
en vano á la muerte invoco,
cuando me toque caer

ni quiero á nadie deber
ni que me deba tampoco.

—

Sujeta pues, Occeano,
el empuje soberano
de tus magníficas olas,
y agite el aire liviano
las izadas banderolas.

—

No hagas que algun tiburon
venga de mi grueso abdómen
á turbar la digestion;
no mezcles á los que comen
y á los que comidos son.

—

¡Hermosa noche! La luna
sin que una nube importuna
manche su puro reflejo,
da á la azulada laguna
la apariencia de un espejo.

No corre el vapor, que vuela;
su blanca y luciente estela
que á lo lejos se dilata,
parece arroyo de plata
que abre paso á una gacela.

—

Gimen las auras dormidas
entre las vergas gigantes,
y las lonas recogidas
van en calma suspendidas
sobre las jarcias tirantes.

—

No se oye mas que el rumor
del hélice que voltea,
ni se ve mas en redor
que el serviola que pasea
desde babor á estribor.

—

En tanto yo reclinado
sobre el alcázar de popa,

en pensar voy ocupado
si hallaré al volver á Europa
todo aquello que he dejado.

—

Quizá no exista al tornar
el nido que habité en calma,
quizá tendré que llorar
las soledades del alma,
mas tristes que las del mar.

—

Acaso el bien que he podido
sembrar en mi juventud,
solo me habrá producido
indiferencia y olvido,
ó desden ó ingratitud.

—

Que de la ventura en pos
dos lustros y mas de dos
llevo de correr demente,

y como dice la gente:
de menos nos hizo Dios.

—

Mas silencio! Los faroles
apagándose ya van
en cámaras y pañoles;
me refugio en mi gaban
como hacen los caracoles.

—

Mar! te dejo muy tranquilo
mientras bajo la escalera
que me conduce á mi asilo;
ya preparé la litera...
vamos á sudar el quilo.

Golfo de las Damas, mayo de 1867.

EL PICO DE TENERIFE.

Gigante que al cielo tocas
sin escalarle atrevido;
en el desierto Occeano
majestuoso monolito;
soberbia estátua elevada
sobre pedestal mezquino,
que un solo bostezo tuyo
puede hundir en el abismo,
¿es verdad que en tus entrañas
guardas el incendio vivo,
y que en medio de la noche
cuando el mundo está dormido,
cantas con la voz del trueno
de tus grandezas el himno?
Yo no lo sé; entre las olas
á lo lejos te distingo;
ciñéndose á tu cintura
las nubes en torno miro,

y mi espíritu asombrado
te juzga en su desvarío
atalaya de los mundos,
y sereno de los siglos.
Ya de tus valles risueños
los horizontes diviso,
donde hace poco creia
encontrar segur asilo;
ya la pintoresca playa
abre á la nave camino;
ya corre la gente al puerto
para vernos y sentirnos;
quédate adios, desterrado,
mi compañero y mi amigo,
yo descanso hallar no puedo
en estos campos floridos,
que es mas larga mi jornada,
y mas triste mi destino.
Y tú, coloso que inmóvil
en tu base de granito,
cielos y mares contemplas
al parecer muy tranquilo,
mientras tu seno devora
de un volcan el fuego activo,
duerme en paz y no interrumpas

la que reina en estos sitios,
que no hace falta á tu nombre
la fama del cataclismo.
Yo por mi parte te juro
que no te daré al olvido,
máxime cuando en mi patria,
aunque pobre de prodigios,
lo que en Tenerife asombra
lo tienen los individuos.
Pasad, si no, una revista
de personajes políticos,
de sabios y de doctores,
de artistas y de eruditos,
de académicos de pega
y de valientes de oficio,
y esclamareis en seguida:
¡Cuánto pico!

En frente de Canarias, 3 junio 1867.

Á UNA GAVIOTA.

Ave que vuelas sobre la espuma
y ves tranquila la tempestad,
mudo habitante de este desierto,
¿de dónde vienes? ¿adónde vas?

—

¿Qué selva esconde tu dulce nido?
¿desde qué tierra llegaste aquí?
¿buscas al dueño de tus amores
de los abismos tras el confin?

—

¡Cuánto te envidio! Libre y en calma
volando cruzas el mar azul,

tu pluma riza la brisa leve,
nadie te inquieta, ¡dichosa tú!

—

Aquí no llegan los alevosos
infames tiros del cazador;
ni en red de mallas el ave gime
al ver que un hombre la cautivó.

—

Cuando las auras de la mañana
las velas hinchan de mi bajel,
¡con qué delicia te ven mis ojos
entre las vergas aparecer!

—

Ay! no abandones al navegante
perdido en medio del ancho mar!
tal vez muy pronto las turbias olas
hácia el escollo le arrastrarán.

—

Pero si solo dejaste el nido
y tus hijuelos están allí,

no te detengas, vuela á su lado,
ya que naciste libre y feliz.

—

Tambien mi nido quedó desierto
cuando la fuerza me arrojó de él,
dichas y amores allá quedaron,
cuando allá vuelva ¿qué encontraré?

En el mar, 5 junio 1867.

AL LLEGAR Á AMÉRICA.

Tus puertas abre, señora,
al cansado peregrino,
que de la mar llega ahora
por azares del destino,
y á la manera de un bulto
consignado viene á tí.
Acógele en tu regazo
como madre compasiva,
y pueda en un breve plazo
disfrutar con ánsia viva,
de la ventura y la calma
que se respiran aquí.

—

Tranquilo se hallaba y libre,
hasta donde puede estarlo

un hombre de su calibre,
cuando fueron á sacarlo
del lecho en que reposaba
á eso del amanecer.
Y sin decirle una frase,
como aquel que en el sainete
apaga la luz y váse,
le pillaron entre siete,
y dieron con su persona
en un coche de alquiler.

—

Pronto las brisas süaves
que vienen de las afueras,
y el gorgeo de las aves,
y la voz de las lecheras
que venden en las esquinas
líquidos al pormenor:
Le enteraron del destino
y direccion que llevaba;
y al acabar su camino
vió, sin sorpresa, que estaba
en frente del Saladero
y al lado de un inspector.

Abrió las puertas un mozo
tan esbelto como rudo,
y en el mismo calabozo
que ilustrára Cabezudo,
y otros muchos *literatos*
de su vuelo y su magin:
Allí fué donde metido
me tuvieron largas horas,
dulcemente entretenido
repasando las *doloras*,
que llenaban las paredes
de castellano y latin.

—

Renuncio á pintar los goces
de aquellas horas felices;
aturdido por las voces,
blindado por las narices
para evitar los efluvios
de la atmósfera local:
Dormíme á muy poco rato
sobre la tarima dura,
y fué mi sueño tan grato
que aún evoco su dulzura,

como el niño que recuerda
la paliza maternal.

—

Despues, y á los pocos dias,
dió el tren en Cádiz conmigo;
adios, muertas alegrías,
adios, séres que bendigo;
el fardo de mi existencia
va á pasar á otro almacen.
Á América destinado
va por mi contraria suerte,
mas si no llega averiado,
y no llegará, que es fuerte,
acaso, cuando allá vuelva,
lo paguen algunos bien.

—

Ese soy yo, y así vengo;
recíbeme pues, amante,
con lo poquito que tengo
que ¡ojalá fuera bastante!
y deja al bardo afligido

descansar en un rincon.
Y en medio del Occeano
dame un pedazo de tierra,
y bien provista mi mano
de los frutos que ella encierra,
de Ovidio seré parodia
y espejo de Robinson.

Puerto Rico, 15 junio 1867.

MI VIDA.

CARTA Á LUIS RIVERA.

Querido Luis: desde el dia
que dejé tu compañía,
y pude, con viento en popa,
dar el esquinazo á Europa,
abuela y señora mia:

—

Tales cosas me han pasado
y tales cosas he visto,
que aún estoy maravillado
y dudo á veces si existo
y dudo si habré soñado.

—

Crucé el mar sin suspirar,
y aunque alguno no lo crea,

no me logró trastornar,
que á quien Madrid no marea
¿qué le puede marear?

—

Por fin navegando bien
dimos al salir el Sol
en este dichoso Eden,
Puerto Rico en español
y en indiano Borinquén.

—

Aquí trasladé mis huesos
y aquí vivo en el reposo
gastando mis pocos pesos,
con un calor tan hermoso
que me derrite los sesos.

—

Ando vestido de dril
como mofongo y mamey,
duermo en hamaca sutil

y amo la danza gentil
que en las fiestas es de ley.

—

Ningun fruto me disgusta
de cuantos aquí robusta
naturaleza crió;
pero el plátano me asusta
porque dice plata nó.

—

Ya sabes que allí en Castilla
viendo colores me alegro,
por eso me maravilla
ver que aquí el vómito es negro
y la fiebre es amarilla.

—

De hermosas ¿qué te diré?
que aunque de rubias amante
ya con morenas soñé,
y que espero, Dios mediante,
que de aquí no pasaré.

En suma, vivo contento;
y á no ser por las memorias
que afligen mi pensamiento,
trocara todas mis glorias
por la calma que aquí siento.

—

De verdadera amistad
pruebas constantes recibo,
disfruto tranquilidad,
y puesto que bebo y vivo
quejarme fuera impiedad.

—

Ya te escribiré despacio
si no es un lunes un martes,
y verás que aunque rehacio
es aquí y en todas partes
tuyo

MANUEL DEL PALACIO.

EN EL ALBUM

DE UNA POETISA AMERICANA.

Arrebatado por el destino
te hallo en los lindes de mi camino
iluminada por viva luz.
Yo soy el viento, tú eres el ave;
¿dónde va el viento? nadie lo sabe:
¿dónde va el ave? lo sabes tú.

—

Del Sol ardiente los resplandores
copian tus ojos, volcan de amores
en cuya lava me siento arder.
Los ruiseñores te dan su arrullo
y hasta las olas con su murmullo
cantando besan tu breve pié.

—

Si oyes la trova del peregrino
que canta en medio de tu camino

sus amarguras y su dolor:
Aliento dale con tu sonrisa,
y los abrojos que triste pisa
serán las flores de su ilusion.

—

Solo y errante por donde quiera
bajo la sombra de una palmera
dulce reposo viene á buscar.
Si es que te dueles de su fatiga
deja que estreche tu mano amiga
y olvide un punto su loco afan.

—

Allá á lo lejos, tras de la bruma
que forma densa del mar la espuma
en otro valle, bajo otro sol:
Cuanto adoraba dejó el poeta,
su pobre gloria, su vida inquieta,
su alegre nido, su tierno amor.

—

Mientras la suerte no se los torne;
mientras con gasas su lira adorne

de su amargura símbolo fiel:
Halle á tu lado tranquila calma,
y goce al menos la paz del alma
del desgraciado supremo bien.

—

Hoy sus miradas que anubla el llanto
copian apenas tu puro encanto;
triste y sin ecos el arpa está.
No esperes de ella sublimes notas;
quedaron mudas sus cuerdas rotas
cuando desierto dejé mi hogar.

LA CIMARRONA.

DANZA.

Nací en un bosque de cocoteros
una mañana del mes de abril,
y me mecieron en una hamaca
hecha con plumas de colibrí.
Mi padre fué mulato
mi madre carbalí,
y yo soy negra cimarroncita
desde que nací.
Pobre de mí!
cuánto me cuesta vivir así!

Libre me llaman mis compañeras
pero no es libre mi corazon,
que tras un pardo va noche y dia
como la luna detrás del Sol.

Y el ingrato no me quiere
porque negra soy,
y triste y sola vivo muriendo
con mi dolor.
Triste pasion,
rompe en pedazos mi corazon!

Ponce, 1867.

Á ANITA AINZ

EN LA MUERTE DE SU HERMANA ISABEL.

¿Lloras? Bien haces, Anita,
que las perlas que derramas
son la lluvia que serena
las tempestades del alma.
Llorando abrimos los ojos
al fulgor de la mañana,
y al dar el adios postrero
á la vida que se apaga
llanto de mortal tristeza
los recuerdos nos arrancan.
Combate largo y terrible
de dudas y de esperanzas,
de sueños y realidades,
de virtudes y de faltas,
fuera ilusion de un momento

la pobre existencia humana
si el dolor con su grandeza
no viniese á consagrarla.
Que desde la tierra al cielo
hay una inmensa distancia,
y el abismo que la corta
solo se llena con lágrimas.

—

Tú lloras, amiga mia,
la pérdida de una hermana,
rosa que en tu mismo tallo
brotó pura y delicada,
y que en estraños verjeles
vió agostarse su fragancia,
cayendo luego marchita
cual mariposa sin alas.
Y no es su pérdida solo
la que tus pesares causa,
es que perdiste con ella
un tierno afecto del alma,
el anhelo de su dicha,
las memorias de tu infancia,
la paz de tu hogar tranquilo

que habita ya su fantasma,
y el goce que sentirias
pensando siempre al nombrarla,
en donde ella esté, allí tengo
un corazon que me ama.
Y en medio de tu ventura
(que Dios te la dé colmada),
en esas horas felices
que el amor hace mas gratas,
su melancólica sombra
vendrá del viento en las ráfagas,
á nublar tus alegrías
y á recordarte el mañana.

—

Yo tambien, en hora triste,
vi perderse en lontananza
una ilusion, que aún mi mente
con dulces sueños halaga.
Esa ilusion fué el encanto
de mi vida solitaria,
rayo de luz en la noche
de todas mis esperanzas,
puerto en los revueltos mares

de una existencia sin calma.
Pobre, errante, sin ventura,
perdido en remota playa,
dejando á merced del mundo
la prenda que mas amaba,
quizá en vértigo insensato
llevé al abismo la planta,
dudando de la justicia
y huyendo de la venganza.
Pero al cielo alcé los ojos
y torva, siniestra, pálida,
vi la sombra de mi padre
que airado me contemplaba.
Cubierta de cicatrices
miré su cabeza blanca,
bajé los ojos y en ellos
sentí temblar una lágrima;
era que el dolor vencia
y los dolores no matan.

—

Lloremos pues, dulce amiga,
nuestras venturas pasadas,
lloremos por los que mueren

y el camino nos señalan,
que aunque eterna para muchos
y para todos amarga,
la desgracia es el crisol
que purifica las almas.

Puerto Rico, octubre de 1867.

LOS VIENTOS.

BOCETO DE UN POEMA.

A orillas del mar.

Es alta noche, y con atento oido
te escucho murmurar,
¿qué me dice tu lúgubre gemido?
¿de qué te quejas, mar?

—

Lo mismo que en la vida en tus espumas
paz y combate hallé;
los dos teneis por horizonte brumas,
y en vuestro fondo, qué?

—

Risas de gozo, fúnebres lamentos,
olas que yo bebí,

¿qué sois? acaso lo sabrán los vientos
que ruedan sobre mí.

EL AURA.

Me duermo en el capullo de las flores
y acaricio la sien de las doncellas,
soy el perfume de la vida humana,
soy la inocencia!

—

Corona de mi frente es el rocío
que esmalta la pradera,
la dulce inspiracion doy al artista,
los lauros al poeta.

—

Entre nubes de nácar y de rosa
tengo morada régia,
y cuando alienta un ángel en el cielo
desciendo yo á la tierra.

LA BRISA.

Vaga, impalpable, leve
como el tranquilo arrullo
que el labio de la madre
prodiga á su rapaz:
Yo doy á los arroyos
el plácido murmullo
y animo de las selvas
la augusta soledad.

—

En mí busca consuelo
quien de pesar suspira;
del alma que combate
yo templo el ciego ardor.
Yo soy cuanto florece,
yo soy cuanto respira,
mi templo es el espacio,
mi símbolo el amor.

———

LOS CÉFIROS.

Las ilusiones somos
que el alma llenan,
y forman el encanto
de la existencia.
Lazo de flores
que la ventura ahoga
cuando se rompe.

—

Gloria, dicha, fortuna,
fé y esperanza,
escondidos llevamos
en nuestras alas.
Y en torno de ellas
los angeles del sueño
revolotean.

EL VENDABAL.

Cuando llega el Otoño, y la pradera
de su matiz despoja,

yo soy quien llevo en rápida carrera
la última hoja.

—

Cuando el mortal feliz contempla en calma
correr año tras año,
yo soy quien en el fondo de su alma
engendra el desengaño.

—

Nada hay que para mí sagrado sea,
nadie que en mí no espere;
solo acato un poder: el de la idea,
que cual yo nunca muere.

———

EL HURACAN.

Sobre los mundos paso y los conmuevo,
mi voz es el aliento de Luzbel,
en mis entrañas la venganza llevo,
soy mensajero de él.

Conmigo van el luto y el espanto,
yo nací de la furia y el error;
mi placer es el mal, mi herencia el llanto,
mi nombre es el dolor!

LA CALMA.

Soy la hiedra trepadora
que vive abrazada al muro,
soy lo que un rayo de aurora
para el horizonte oscuro;
aquel perfume divino
que se siente y no se ve.
Madre soy de la ventura,
bálsamo de toda herida,
puerto de entrada segura
cuando incierta va la vida
por los mares del destino...
soy la calma; soy la fé.

Á UNA NIÑA.

Yo no trocára el vaso donde bebes
aunque estuviera roto su cristal,
por la copa labrada en la esmeralda
de un príncipe oriental.

—

No trocára tu lecho de madera
que al recibirte tiembla de placer,
por el dorado tálamo que abriga
los reyes al nacer.

—

Vale una flor prendida en tu cabello
mas que diademas y brillantes mil,
y vales tú lo que las flores todas
de que se viste Abril.

—

¡Ay, si trocar pudiera como anhelo
mi fortuna, mi sér, mi corazon,
por los de aquel que á tu inocencia inspire
la primera pasion!

Á UN AMIGO

PIDIÉNDOLE DINERO PRESTADO.

Pepe, yo estoy sin un real,
y tú, como hombre formal,
sabes que si no hay dinero
se puede ser caballero,
pero se vive muy mal.

—

Yo tengo necesidades,
caprichos y vanidades
propios de la juventud,
y muchas debilidades,
verbi gracia, la virtud.

—

Yo hago todo el bien que puedo,
cuanto me piden concedo,

y aunque la suerte me venza,
el negar me da vergüenza,
y el no tener me da miedo.

—

Desterrado vine aquí,
como quien soy me porté,
la miseria socorrí,
la desgracia consolé,
los errores combatí.

—

Llegó á poco el Carnaval,
y hallarás muy natural
tú, gastador sin segundo,
que fuera con todo el mundo
generoso y liberal.

—

Pero al fin de la funcion
contemplé con honda pena,
Pepe de mi corazon,

que el último Napoleon
estaba ya en Santa Elena.

—

Ahora bien; el tiempo pasa,
el calor aquí me abrasa,
vivir temblando no quiero,
y yo no tengo dinero,
y me esperan en mi casa.

—

Mándame pues algun pico
que en cualquier talego sobre
por lo grande ó por lo chico,
y tú quedarás tan rico,
y yo seguiré tan pobre.

—

Todos de la suerte en pos
van por el valle ó la selva;
lo mismo hagamos los dos,
que algun dia querrá Dios
que la tortilla se vuelva.

Mas en tanto que no chilla
nuestra sarten en la hornilla
de este pecado me absuelve,
que entre tanto no se vuelve
estoy hecho una tortilla.

—

Y perdona si quizás
no vienen de este detrás
tiempos claros y serenos,
que otros te han querido menos,
y te deben mucho mas.

Puerto Rico, 1867.

LA NOCHE BUENA DEL PROSCRIPTO.

Á MI MADRE.

A través de los vientos y los mares,
¡madre del alma mia!
estos dulces y lánguidos cantares
mi corazon te envia.

—

Lleguen amantes á tu hogar tranquilo
las tiernas bendiciones
del que hoy evoca en solitario asilo
perdidas ilusiones.

—

Noche de amor, de paz y de ventura
es esta para el mundo;
noche para mí solo de amargura
y de pesar profundo;

Muchas cual ella en loco desvarío
me sorprendió la aurora;
aún las recuerda el pensamiento mio
y el corazon las llora.

—

Niño y feliz al porvenir mirando
alegre sonreia,
y de tu grata voz al eco blando
gozoso me dormia.

—

Mas tarde, cuando huérfano y doliente
corrí en pos de la gloria,
vivos guardé en mi pecho y en mi mente
tu amor y tu memoria.

—

El huracan del tiempo y de la vida
hoy me combate rudo;
yo dudo hasta del bien, madre querida,
solo de tí no dudo;

Errante corro el áspero camino
de una ventura incierta,
como otro tiempo el bardo peregrino
erró de puerta en puerta.

—

Mas ni me aterra el fin de la jornada
ni en ella retrocedo,
que dióme el Cielo al par conciencia honrada
y corazon sin miedo.

—

Puede abatir el infortunio insano
mi cuerpo ya sin brio;
no abatirá el esfuerzo soberano
del pensamiento mio.

—

Caerán del pedestal que les sujeta
altos ídolos huecos,
y aun brotarán del arpa del poeta
los misteriosos ecos.

¡Madre! aunque piso por do quier abrojos,
no mi fortuna llores;
mientras la luz del Sol copien tus ojos
¿qué importan mis dolores?

—

Noche de bendicion es la que avanza;
feliz para tí sea;
mi pecho abierto siempre á la esperanza
no abriga mas idea.

—

Noches vendrán en que la edad de niño
recordaré á tu lado;
gloria de esa niñez fué tu cariño,
él vive, ella ha pasado.

—

Mas renace en el alma donde existe
al eco de esa gloria,
cuando iluminan su sepulcro triste
tu amor, y tu memoria.

Ponce, 24 diciembre 1867.

LOS BAILES DE PUERTO RICO.

Recuerdo de aquellos dias
con sus repetidas noches
pasados, sabe Dios cómo,
en la gallera de Ponce [1],
haz revivir en mi mente
con su pompa y sus colores
los mil animados cuadros
de delicioso desórden
que yo vi con regocijo
aunque desterrado y pobre.
Era un jueves; abismado
en tristes meditaciones,
viendo el Sol que trasponia
los rojizos horizontes,

[1] La gallera de Ponce no es otra cosa que un circo donde riñen los gallos por el dia, y donde baila por la noche la gente de color.

dando aspecto de fantasmas
á los árboles del bosque,
cruzaba yo silencioso
de mi caballo al galope
el pintoresco camino
á quien dió ocasion y nombre
Santa Isabel de Coamo,
lugar que pocos conocen.
Delante de una cabaña
paré, al sentir los acordes
de una orquesta que no oyeron
ni Rossini, ni Bethóven.
Un violin, dos ó tres tiples,
ó guitarrillos informes
con una cuerda templada
á tono de desazones,
y el consabido *güiro*
que es (para los que lo ignoren)
una calabaza hueca
que hace mas ruido que un coche,
tal era la dulce música
que me brindaban á escote
ocho ó diez negras, mas negras
que una moneda de cobre,
y dos docenas de amigos

entre esclavos y señores.
Até el caballo en un árbol,
bebíme casi de un golpe
medio cuartillo de *brandy*
que es el agua que allí corre,
y sentado en un banquillo,
entre palmadas y voces,
vi lo que verán ustedes
descrito en estos renglones.

—

Los bailes son á las danzas
lo que una vieja á una jóven,
lo que la ceniza al fuego,
lo que al Champagne el aloque.
Entre la danza y el baile
la comparacion es torpe;
la una es álgebra sublime,
y el otro partida doble.
La danza es sin duda alguna
lo que bailaron los dioses,
es el can-can sin gimnasia,
es la convulsion inmóvil.
Al ver aquellas mujeres
modeladas como el bronce,

y de tal modo vestidas
que ni aun lo preciso esconden,
enroscarse como sierpes
á la cintura del hombre
siguiendo de un ritmo estraño
las lentas ondulaciones;
al mirar aquellos ojos
tan negros y brilladores
que fijos en otro cielo
pudieran pasar por soles,
la sangre se paraliza,
hierve en las venas azogue,
y no hay corazon que duerma
ni cuerpo que no retoce.
Yo, con franqueza lo digo,
por ser negro aquella noche
hubiera dado cien duros
que era mi fortuna entonces.
Prueba de lo que es la danza
es que en muchas ocasiones
rendidos y sin aliento
cual si les dieran azotes
vi relevarse á los machos
y algunos tomar el tole;
mas las hembras... ¡que si quieres;

siempre firmes como un poste.
Y este y otros episodios
me deciden á que apoye
una verdad como un templo
que sirve al caso de molde.
Un hombre con dos mujeres
puede bailar rigodones,
valses, redovas, mazurcas,
todo lo que se le antoje;
pero la danza... ¡imposible!
¡desgraciado el que tal ose!
renovará en nuestros dias
la fábula de Laoconte.
¡Ay! De todos mis pesares
aquel que mas me carcome,
es no bailar esa danza
que mis memorias absorbe;
aunque bien reflexionado
por mas que parejas sobren,
las blancas bailando danza
con guantes y sin escote,
junto á las Vénus de asfalto
parecen Vénus de adobe.

Madrid, 1868.

EL DOS DE MAYO.

En deliciosa calma sumergido
yacia el pueblo ibero,
pensando en las ventajas del cocido
y el clásico bolero.

—

Mientras doliente y conmovida Europa
sobre sus armas vela,
España á los conventos pide sopa
tocando la vihuela.

—

Alguna vez recuerda las jornadas
en que venció á los moros,
y para no llorar dichas pasadas
bebe, y se va á los toros.

Un hombre en tanto abriga el pensamiento
de dominar la tierra,
y de uno á otro confin repite el viento
sus cánticos de guerra.

—

La vista clava en la region vecina
que le ocultó el Pirene,
la ve, en su desaliño mas divina,
y dice: me conviene.

—

Mas no, turbando su feliz reposo
conquistador la huella,
como amigo se vende generoso
que va á velar por ella.

—

(Tal suele á la muchacha descuidada
burlar astuto amante,
con promesa de boda suspirada
para mas adelante:

Y al verse abandonada del ingrato,
conoce por la herida
que era una mano pérfida de gato
la mano prometida).

—

Llegó el momento al fin; cayó la venda
que sujetaba el dolo;
de la amistad la sacrosanta prenda
un lazo fué tan solo.

—

Comprendió cada cual sus intereses
que en nada coincidian,
y se armó entre españoles y franceses
lo que todos temian.

—

Del tiempo aquel al tiempo en que nos vemos
sesenta años pasaron,
de nuestros padres la memoria honremos,
por su nacion lucharon.

Guerra fué de conquista aquella guerra
y es santo el patriotismo;
siempre que estraños pisen esta tierra
sucederá lo mismo.

—

Suban pues nuestras preces hasta el cielo
en honra de los bravos;
no puso Dios los hombres en el suelo
para vivir esclavos.

—

Pero ¡ay! al par que su memoria triste,
lloremos este dia
por lo que hubo aquí bueno, y ya no existe,
y lo que hay y no habia.

—

Pues á pesar del tiempo trascurrido,
y haber de nuevo derrotado moros,
aún seguimos pensando en el cocido,
la guitarra y los toros.

¡HORROR, TERROR, FUROR!

¿Qué es esto? Bajo mi planta
retumba con eco ronco,
de cien truenos uniformes
el estampido remoto.
En ondas desaparece
la llanura ante mis ojos,
y paran como asombrados,
su corriente los arroyos.
Los mas altos edificios
oscilan como beodos,
y se dobla cual la caña
de las palmeras el tronco.
Gritos, plegarias, lamentos,
ayes, promesas, sollozos,
el corazon me torturan,
jamás á la angustia sordo.
Exhala el impuro ambiente

vapores caliginosos,
y sobre la tierra pesa
una atmósfera de plomo.
Muge el buey en el establo,
relincha azorado el potro,
y huye el mastin de su dueño,
girando la vista en torno.
¿Qué es esto? Mil y mil voces
con alaridos de asombro,
lo repiten á mi oido
diciéndome: ¡terremoto!
¡Piedad, Señor! De rodillas
la imploran viejos y mozos,
desde el infeliz esclavo
al magnate poderoso.
Si es cierto que de tus iras
nadie resiste el enojo,
si puedes á tu capricho
aniquilarnos de un soplo,
y al mar de donde ha brotado
volver este promontorio,
duélate la desventura
de muchos,—si no de todos;
el llanto con que la madre
perdon demanda y socorro,

la súplica del anciano
que hunde la frente en el polvo,
y de un pueblo que te adora
la ruina y el abandono.
No por mí, por ellos pido,
que errante, proscrito y solo,
ni el peligro me acobarda,
ni le he de volver el rostro,
que lo mismo que la vida
tengo la muerte en muy poco.
Náufrago soy cuya nave
corre á hundirse en los escollos,
y cuanto con mas violencia
la empuja el airado noto,
mas á la atraccion me entrego
de los abismos sin fondo,
que está tras ellos la playa
donde es eterno el reposo.
Rujan pues los huracanes
con el rugido del odio,
no soporte la llanura
el peso de los escombros,
en convulsiones horribles
venga el mar sobre nosotros,
y si es, Señor, tu designio

romper los ejes del globo,
para resistir el golpe
nos postraremos de hinojos
y el himno de despedida
entonaremos á coro.

Ponce, 18 noviembre 1867.

LOS POBRES.

¡Comer ó no comer! *Ecco il problema*,
como dice el gran trágico italiano
en el de Shaspeare inmortal poema.
¡Comer! Ensueño para muchos vano,
término del estudio y los afanes
que tanto agobian al linaje humano.
Quien dice por desprecio *ganapanes*,
ese retrata el siglo en que vivimos,
flacos y gordos, damas y galanes.
Si no lo somos hoy, ayer lo fuimos,
y si ayer no lo fuimos, lo seremos,
que con esa mision aquí vinimos.
¡Comer! Raro será, pero aún lo hacemos,
aunque (¡Dios no lo quiera!) si esto dura,
pronto limosna en verso pediremos.
Mas cada vez la situacion apura,
y segun profesores eminentes,
el mal de este país no tiene cura.

Pues ha probado en hechos muy recientes
que ideas, esperanzas, ilusiones,
todo le falta ya, menos los dientes.
Pero ¿á qué dientes, donde no hay jamones?
¿de qué sirve tener un frac de moda
si no se tienen luego pantalones?
¡Pan! es el grito de la gente toda,
y hasta hay quien por el pan de cada dia
recibe con placer el pan de boda.
Y si trocáran pan por hidalguía,
de esta tradicional virtud ibera
pronto ni aun el recuerdo quedaria.
Pobreza es la deidad que hoy aquí impera,
pobreza de entusiasmo, de bolsillo,
de fé, de corazon y de mollera.
Sale del aula apenas un chiquillo,
y en vez de enamorarse y vestir majo,
como hiciera en mis tiempos el mas pillo,
se declara enemigo del trabajo
y busca en la política el recurso
que lleva á lo mas alto lo mas bajo.
Con hilvanar dos trozos de un discurso
y saberse indignar cuando conviene,
excitando las iras del concurso,
seguro porvenir el niño tiene,

sobre todo si apoya la doctrina
que el espíritu público condene.
Y aquel, mal ayudante de cocina,
que le da por hincharse como un pavo,
porque esplotó con fruto alguna mina,
¿no es un pobre tambien al fin y al cabo,
si á pesar de la piel de tigre fiero,
del jumento infeliz enseña el rabo?
¡Cuánto pobre conozco con dinero,
que en la cárcel fatal de su egoismo
vive perpétuamente prisionero!
¡Cuánto grande modelo de civismo,
que al recordar sus timbres y su gloria,
acaba por burlarse de sí mismo!
¡Qué ciencia tan magnífica es la historia,
y qué noble virtud la consecuencia,
y qué precioso amigo la memoria!
Mucho afrenta el callar por indolencia,
pero rendir á la verdad, sin miedo,
el justo galardon de la conciencia,
empresa es tal, é implica tal denuedo,
que solo se disculpa á la inocencia...
y ya sabeis que yo me mamo el dedo.

LA PRIMAVERA.

De verde se van vistiendo
prados, laderas y montes,
á riesgo de que los burros
del vestido les despojen.
Cantan trozos de zarzuela
los pájaros en el bosque,
y segun costumbre antigua,
florecen los alcornoques.
Abejas y literatos
roban su jugo á las flores,
que en miel convierten las unas
y los otros en arrope,
que repartido en entregas
circula, franco de porte,
dando al público inocente
mas de cuatro indigestiones.
Al resplandor de la luna
va al Prado la maritornes,

en busca del artillero
que á su pasion corresponde,
y que en Chamberí una tarde
delante de mas de doce,
juró que fiel la seria
como el perro de San Roque.
¡Ah! Bien vengas, primavera,
estacion rica de goces,
en que el que no tiene casa
se duerme arrimado á un poste;
en que le queda un recurso
de ayunar al que no come,
ó el de marcharse al Retiro
y ver allí muchos hombres
echando pan á unos gansos
que ni siquiera conocen.
Bien vengas, estacion dulce
de fresa y albaricoques,
con tus corridas de toros,
de otra edad recuerdo innoble,
y tus circos de caballos,
y tus campestres reuniones,
y tu calor sofocante
que quiera Dios no me ahogue.
Mas si á renovar la vida

vienes, del tiempo en el órden,
no renueves solamente
álamos, pinos y robles,
ni naranjos, ni acebuches
de que hay sobra ya en la córte,
sino haz por que se renueven
mil rancias preocupaciones,
mil glorias que se apolillan,
y mil absurdos sin nombre.
Y si quieres complacerme
y está en tu mano el resorte,
renueva todas las viejas
que fueron guapas de jóvenes,
y así que esté la semilla
yo me encargo de que brote.

SOTTO IL MANZANILLO.

¡Otra ilusion perdida!
¡Reniego del autor de *la Africana!*
Bajo tu sombra, que á dormir convida,
he pasado el calor de la mañana
y no siento otra cosa que galbana.

—

Yo te soñé gigante
como cedro del Líbano frondoso;
árbol maldito te llamé un instante,
y eres arbusto pobre y bondadoso
al que obligó un autor á hacer el oso.

—

Perdone el señor Vasco
y Selika tambien, y hasta Nelusco,

no me pilla de nuevas este chasco,
que antes de un lirio brotará un molusco
que encuentre yo en la tierra lo que busco.

—

Tu sombra tan temida
fué para mí consoladora y grata;
mas no hace falta tu maldad mentida;
existe un árbol cuya sombra mata...
¡el árbol de la vida!

Hacienda de los Placeres, diciembre 1867.

ANACREÓNTICA.

¿Me quieres? Ven al valle,
pastora de mi vida,
que ya el calor y el polvo
de la ciudad fastidian.
Verás cuántos placeres
te ofrece la campiña,
y cómo se coloran
tus pálidas mejillas.
Conmigo, y los zagales
que del rebaño cuidan,
vendrás, cuando no llueva,
por la mañana á misa.
Apenas te conozcan
las ovejuelas tímidas,
triscando irán alegres
sirviéndote de guia.
Y cuando el sol ya dore
las últimas colinas,
tendrás de mi cabaña

la dulce paz tranquila,
y al verte las doncellas
se morirán de envidia.
—¿Que el campo no te gusta
me dices, pobre niña?
¿pues no viene del campo
cuanto nos causa dicha?
¿El grano que conservas,
el fruto que codicias,
el ave que aprisionas,
el aire que respiras,
la leche que te nutre,
la rosa que te hechiza,
el gallo que te sigue,
el eco que te imita?
En la ciudad, ¿qué encuentras?
Si sales, ¡qué fatiga!
si no, la pejiguera
de recibir visitas.
—¿Qué dice usted de nuevo?
—Que se casó Felisa.
—¿Con quién?—Con un regente.
—¿De Audiencia?—De botica.
—¿Y su primito Arturo?
—Arturo está en Sevilla,

y es escritor...—¡Ah! ¡escribe!...
—En una escribanía.
—¿Y es cierto lo que corre?...
me han dado unas noticias...
—¡Ah! sí señor, se muere...
—¿Quién?—¿Cómo quién? Mi *Linda*.
Jugando hace tres noches
ha dado tal caida,
que tiene todo el cuerpo
mas negro que la tinta.
—¿Ha estado usted en *Price?*
—Ayer con la familia...
—Yo estuve en Variedades
y no entendí ni pizca.
—¿Pues qué hablan?—Italiano,
segun me dijo un *quidam*
que me pidió una breva
de parte de un artista.
—¿Te marchas ya?—¿Qué quieres?
Me está esperando Emilia.
Y á tí, Juan, ¿quién te espera?
—Un toro de Gaviria.

—

Pastora, ven al valle

si tu ventura estimas,
y ven, antes que junio
los sesos nos derrita;
mira que la existencia
se pasa muy aprisa.

Á MIS AMIGOS DE PUERTO RICO.

DESPEDIDA.

Cual deja el ruiseñor la enamorada
doncella, de quien fué cautivo un dia,
trocando por el valle en que vivia
tiernos halagos, y prision dorada:
Tal dejo yo vuestra amistad preciada,
dulce consuelo de la pena mia,
mi libertad buscando y mi alegría,
únicos bienes de mi edad cansada.
Pronto entre brumas al perder el puerto
soñaré con el puerto suspirado
de las iras del mar término incierto:
¡Voy á partir! Los que me habeis amado,
recibid estas lágrimas que vierto...
¡no tiene mas que dar el desterrado!

Puerto Rico, febrero de 1868.

LA ALEGRÍA Y EL DOLOR.

El dolor y la alegría
una misma cosa son;
la gente es la que varía:
Palabras de Agamenon.

Lector, responde en seguida
y perdona si atrevida
mi pregunta te desvela:
—¿Alguna vez en la vida
te ha dolido alguna muela?
Y si fué verdad, lector,
y apuraste hasta las heces
odontálgico licor,
¿no has esclamado mil veces
¡qué dolor!

—

En cambio, si alguna vez,
olvidando tus apuros

por hacer una sandez,
fuiste dueño de diez duros
y los jugaste los diez.
Al salir la lotería
y encontrar en *El Enano*
que tu número venia,
¿no esclamaste muy ufano...
¡qué alegría!

—

Cruza por el Prado un pollo
y por mirar su pimpollo
temiendo no se lo roben,
pisa la cola á una jóven
mas colorada que un sollo.
Y esta, llena de furor,
despues de llamar jumento
al desdichado amador,
esclama con triste acento:
¡qué dolor!

—

Pero á la noche siguiente
va la doncellita á Oriente,

y baila que se las pela
en las barbas de un pariente
y en las barbas de su abuela.
Y al verse al llegar el dia
con la falda desgarrada
y el manto con avería,
dice entrando en su morada:
¡qué alegría!

—

Publica un gran literato
un libro nada barato
y que no tiene de bueno
otra cosa que un retrato
debido al pincel ajeno.
Y al mirar tanto primor
hoy que cien libros mejores
no encuentran ni aun editor,
esclaman los suscritores:
¡qué dolor!

—

Mas viene Perico el ciego
y en una esquina cualquiera

turba el público sosiego,
largando á son de playera
cuatro coplas que echan fuego.
Y el aguador y el usía
aplaudiendo el desparpajo
del vate y la compañía,
van diciendo por lo bajo:
¡qué alegría!

—

En fin, ¿qué prueba mayor?
Siendo yo niño, y muy malo,
me dió un palo un profesor
y esclamé al sentir el palo:
¡qué dolor!
Y hoy, que cualquiera diria
me ofende mas el castigo,
cuando uno pegarme ansía
me encojo de hombros y digo:
¡qué alegría!

UN RECUERDO.

AL VETERANO CORÓNEL DON ANGEL CORBACHO.

Próximo á partir, Corbacho,
de estas floridas riberas,
donde horas tan placenteras
han corrido para mí:
Por complacer á Camacho
y á tí, que cual él te impones,
allá van esos renglones
por lo mucho que os debí.

—

Juntos aquí muchos dias
en pláticas seductoras
pasamos las muertas horas
del campo en la soledad:
Sin que nuestras alegrías

turbasen ásperos notos
ni tremendos terremotos
ni deshecha tempestad.

—

Juntos al tranquilo rayo
de la misteriosa luna,
de nuestra pobre fortuna
lamentamos el desden;
Al ver el mortal desmayo
del triste que agonizaba
y en el alma despertaba
la ambicion de hacer el bien.

—

A veces el claro dia
alumbrando el aposento
anticipaba de un cuento
la rápida conclusion:
Y aun en los lechos seguia
otras veces, y no pocas,
entre carcajadas locas
la grata conversacion.

De tu niñez las historias
ante nosotros pasaban,
tus recuerdos evocaban
mil fantasmas y otros mil:
Y las militares glorias
de nuestra patria querida,
retornaban á tu vida
todo el ardor juvenil.

—

Italia, Egipto, Polonia
animabas con tu acento,
tu generoso ardimiento
escrito en ellas está:
Y en la inmensa Babilonia
de tus hechos peregrinos,
tu memoria halla caminos
por donde quiera que va.

—

Rico tesoro tu mente
de sucesos y de nombres,
sabes retratar los hombres

con su forma y su color:
Y al par testigo elocuente
de su vida y sus hazañas,
los misterios desentrañas
que ignora el historiador.

—

Tú sabes por qué Fulano
se hizo blanco siendo negro,
por qué riñó con su suegro
esta ó aquella mujer:
Por qué va en coche Mengano
sin tener una peseta,
por qué tal vieja es coqueta,
y tal niña lo ha de ser.

—

Noble siempre y justiciero,
viejo con alma de niño,
amparo das y cariño
al que lo implora de tí:
Yo que la honradez venero
pues no heredé mas escudo,

en tí la sombra saludo
del buen padre que perdí.

—

Por eso quise, Corbacho,
al darte la despedida
de un corazon que no olvida
ofrecerte la lealtad:
Y complaciendo á Camacho
y á tí, que cual él te impones,
dejarte en estos renglones
la prueba de mi amistad.

Puerto Rico, febrero de 1868.

FÁBULA INOCENTE.

Una tarde de febrero
de un año que ya pasó,
iban tres por un sendero,
llevando el uno sombrero,
los otros gorra y chacó.

—

El del sombrero era anciano,
si bien alegre y lozano;
el de chacó un matasiete,
el de gorra un mozalvete
con mas fuego que el verano.

—

Varias veces al andar
solieron los tres cambiar

alguna frase amistosa;
tornaron luego á callar,
y así se quedó la cosa.

—

Pero llegando por fin
á una veredilla ruin,
vieron que paso no daba,
pues un áspero jardin
la maleza allí formaba.

—

Y no habiendo otro camino,
ni siendo tampoco fino
humillarse ante un jaral,
de los tres el mas formal
así dijo á su vecino:

—

—¿Empeño en pasar allí,
usted tiene como yo?
Pues únase usted á mí.
—¿Y así pasaremos?—Sí.
—¿Y de otra manera?—No.

—Usted, mancebo, ¿qué opina?
—Yo profeso la doctrina
de que es preciso pasar,
y al que me venga á ayudar
le daré buena propina.

—

—Sí, pero falta, á mi ver,
quién son ustedes saber
antes de cerrar el trato,
no nos vaya á suceder
lo que á tres en un zapato.

—

—Yo todos saben quién soy.
—Yo estoy aquí porque estoy.
—Yo marcho siempre adelante.
—Sí; mas eso no es bastante...
—¿No es bastante? Pues me voy.

—

—Pero si él se va ¿qué haremos?
—Los dos nos arreglaremos...

—Pero, abuelo, ¿no imaginas
que apenas nos descuidemos
nos pincharán las espinas?

—

—Para todo basto yo.
—No haga el demonio que no.
—¿Mas qué quieres de él?—¿Qué quiero?
Que se ponga mi sombrero
y renuncie á su chacó.

—

—¿Yo tu sombrero? ¡Jamás!
Tú mi chacó te pondrás.
—Antes iré á la mazmorra.
—Pero con sombrero ó gorra,
¿siempre el mismo no serás?

—

Fijemos bien la cuestion;
de pasar hay precision
y uno tan solo no pasa,
quien ofrezca su empujon
que se presente en mi casa.

Pues los estorbos me irritan,
admitir son mis deseos
á todos los que me imitan;
solo no admito á los neós
porque no empujan y gritan.

—

Y no por ello te asombres;
para conseguir mi plan
son buenos todos los hombres,
que así como así, ¡los nombres
bastante usados están!

—

No dice la tradicion
si ellos se unieron al fin,
ó si abrigan la ilusion
de mudar de situacion
cuando se seque el jardin.

LAS ECONOMÍAS.

Un duque, amigo mio,
viendo que su caudal se iba por puntos,
prescindiendo una vez del señorío
quiso poner en órden sus asuntos.
Llamó á su mayordomo,
que era todo un señor de tomo y lomo,
y despues de escupir y toser fuerte
le dijo de esta suerte:
—No ignora usted, amigo don Urbano,
que se nos va la hacienda de la mano,
y que gastando tal como se gasta
para vivir dos años no me basta;
quiero pues prescindir de gollerías
y hacer economías.
—Más de una vez, señor, dije á vuecencia
lo mismo que hoy le dicta su conciencia.
—Suprima el tratamiento, y hable presto:
¿qué debemos borrar del presupuesto?

—Tiene usté, señor duque, en la cochera,
seis carruajes de lujo y de carrera,
bestias de tiro y silla tiene trece...
dejemos la mitad si le parece.
—Lo que es en la cochera nada quito,
todo lo que hay allí lo necesito;
mis padres por su tren se distinguieron
y en la cuadra rivales no tuvieron.
Pasemos adelante
y vamos suprimiendo lo importante.
—Paga usté por el cuarto mensualmente
ciento cincuenta duros...—Justamente.
—Con mas otros cincuenta
por cochera y demás.—Esa es la cuenta.
—Pues bien; siendo usté jóven y soltero
lo mismo da segundo que tercero,
y se pueden ahorrar quince mil reales
solo de cuarto, anuales.
—Tampoco de esa suma
ni una peseta restará mi pluma;
aquí murió mi abuela, que esté en gloria,
y ya es parte esta casa de mi historia.
—Otra suma hay aquí tambien muy gruesa.
—Ahí tal vez se podrá...—Gastos de mesa.
Diez duros en comer gasta usté al dia;

pongamos cinco, y sobra todavía.
—¡Cinco duros de mesa, don Urbano!
eso es tratarme ya como un villano.
¿En qué casa decente
no comen dos amigos diariamente?
¿Ó quiere usté tambien, segun las señas,
que beba en adelante Valdepeñas?
Su sobriedad alabo,
mas no quite en la mesa ni un ochavo.
—Entonces, seguiremos la costumbre
y al fin lo pagará la servidumbre.
—¿Cuántos criados hay en esta casa?
—El negro Gil, la cocinera Blasa,
el cochero Gaspar, el mozo Esteve,
y á mas cuatro lacayos: total, nueve.
—Nueve, y á veces llamo y no contestan:
en eso que son pocos manifiestan;
no quite usté ninguno, que harto haremos
con que nos sirvan mal los que tenemos.
—Y siendo así, señor, ¿qué suprimimos?
—Algo hemos de encontrar si discurrimos.
—Yo no recuerdo nada.—Y es el caso
que vamos á la ruina paso á paso.
—No puede durar mas tanto derroche.
—¿Cuántas luces se encienden por la noche?

—La del recibimiento y del pasillo,
la del mozo de cuadra y jardinillo,
luego la de cocina y gabinete,
y la de la escalera, que son siete.
—Pues bien; ya que á altas horas nadie llama
y yo soy poco amigo de la cama,
y me recojo tarde, y cuando vengo
mi negro Gil para que me abra tengo,
y andamos discurriendo há muchos dias
hacer economías,
puede ya realizarse la primera;
suprima usté el farol de la escalera.

—

Siempre que de reformas sopla el viento
recuerdo yo este cuento;
y recuerdo tambien que al fin y al cabo
el duque se murió sin un ochavo,
dejando empero rico al mayordomo
que hoy es todo un señor de tomo y lomo.

Á MLLE. VICTORINE R...

En medio de los mares
nos encontramos,
y hácia la mar del mundo
los dos bogamos.
Cuando lleguemos
en muy distintas aguas
navegaremos.

—

Tú llevas á ese mundo
gracia y belleza,
yo le llevo los ecos
de mi tristeza.
Y en esta vida
es mas dulce la entrada
que la salida.

Tú encontrarás do quiera
paz y consuelo,
y el amor de algun hombre
te abrirá el Cielo:
Cuando en él entres,
ni es fácil que me busques
ni que me encuentres.

—

Por una misma senda
los dos marchamos,
y es la misma ventura
la que anhelamos.
¡Mas tú caminas
pisando solo flores...
yo, solo espinas!

La Martinica, 27 febrero 1868.

EL HIGUITO.

Con alguna hacienda mas
heredó un huerto don Blas,
de frutales tan cubierto,
que era el mas hermoso huerto
que hubo en la villa jamás.

—

Aunque de genio algo esquivo,
tomó aficion al cultivo
poco á poco el buen señor,
y de hacerse labrador
formó propósito vivo.

—

Dos ó tres veces al dia
sus frutales visitaba,

sus adelantos veia
y su frescura gozaba,
y á su sombra se dormia.

—

Pero á fuerza de mirarlos
notó una mañana al verlos,
que á pesar de no tocarlos,
bajo pena de perderlos
era preciso guardarlos.

—

Pues la gente del lugar,
diariamente, sin disputa,
la pared iba á escalar,
y entre comer y robar
acababan con la fruta.

—

Meditando la manera
de castigar al ladron,
pasó una semana entera,
y no quedó ni una pera
en el último rincon.

Los melocotones rojos
que á la dalia dan enojos,
las ciruelitas moradas,
y las uvas nacaradas
que tanto alegran los ojos:

—

Todo por suerte fatal
fué motivo de rapiña
para la chusma local:
desde la enroscada viña
hasta el esbelto nogal.

—

Mas no todo sucumbió,
que nadie al fruto llegó
de una corpulenta higuera,
bien porque nadie la viera,
bien porque la desdeñó.

—

Al verla allí doblegada
de la fruta bajo el peso,
tendió don Blas la mirada

y dijo: no temas nada,
que yo por tí me intereso.

—

Un guarda voy á poner
que te ronde noche y dia,
y al que por vicio ó placer
un higo venga á coger
le cayó la lotería.

—

Supo la nueva el lugar,
y de don Blas los amigos
y los contrarios al par,
dijeron: ¿los va á guardar?
hay que comerse esos higos.

—

Y así diciendo y haciendo
fueron en la huerta entrando,
y uno al guarda entreteniendo,
otro á su salud bebiendo,
otro su gula escitando:

Sin que el guarda recelára
que ninguno le engañára
ni presumirlo pudiera,
mas de una vez en su cara
metieron mano á la higuera.

—

Y así fué que al quinto dia
de estas embestidas rudas,
nadie sospechado habria
lo que otro tiempo pendia
de aquellas ramas desnudas.

—

Una mañana de abril
á visitar su pensil
bajó don Blas, y ¡oh castigo!
fuése al árbol, y halló un higo
donde antes hubo tres mil.

—

Trémulo por el furor
lanzó un grito de dolor,
miró al cielo, y luego al guarda,

y limpiándose el sudor,
dijo:—merezco una albarda.

—

Si yo comido me hubiera
en sazon, como es costumbre,
los higos que dió la higuera,
me ahorrára una pesadumbre
y un gusto en cambio tuviera.

—

Pero ya que no fué así,
guarda infame, te maldigo,
y sal al punto de aquí,
que para guardar un higo
no necesito de tí.

—

Y quede el fruto en la rama,
que su miseria proclama
triste recuerdo de ayer,
que no aumentará mi fama
porque le ayude á caer.—

Esto murmuró don Blas,
y aunque con pena quizás,
el huerto vendió á un amigo:
en cuanto al guarda y al higo
no volvió á verlos jamás.

LA NAVE FANTASMA.

EPISODIO.

—¿Has oido, Joaquin? del mar y el viento
dominando el rumor,
me pareció escuchar hace un momento
el grito de: ¡babor!

—

¿Qué será? de prudencia es el aviso
y algo debe pasar;
aun las Azores desde aquí diviso
¿si iremos á encallar?

—

Sereno el cielo está; la mar desierta
los astros copia fiel;
¿qué significa la señal de alerta
que dan al timonel?

¿Nada ves?—Del Atlántico la alfombra
sin principio ni fin...
—No! yo distingo lejos una sombra...
ya sé lo que es, Joaquin.

—

Mira; un bajel perdido y sin gobierno
entre las olas va;
la cólera lo empuja del Eterno
¿dónde lo llevará?

—

En vano le hace señas nuestra nave,
truena en vano el cañon,
solo el profundo mar la historia sabe
de su tripulacion.

—

¿De qué puerto de América ó de Europa
salió el roto bajel?
¿qué nombre escrito llevará en la popa?
¿cuántos iban en él?

¿Será tal vez la suya nuestra suerte?
¿Deshecha tempestad,
combate inútil, ignorada muerte,
silencio y soledad?

—

Las doce son; acaso en este instante
alguno piensa en mí,
y—Dios tenga piedad del navegante,—
murmura para sí.

—

Media noche, Joaquin; pues no hay remedio,
volvamos al cajon,
la vista de esas olas me da tedio,
huele aquí á panteon.

EPÍLOGO.

—

A la mañana del siguiente dia
el sol al despuntar,
un cadáver flotando se veia
sobre el tranquilo mar.

Triste despojo de la nave sola
de ella marchaba en pos,
¡un momento despues borró una ola
el surco de los dos!

Marzo, 1868.

ESCENA DE UNA COMEDIA INÉDITA.

(Son dos recien casados que llegan á su casa despues del banquete de boda y del baile con que ha obsequiado á los amigos el papá de la niña.)

SERAFIN *(desde la puerta, á la criada).*
Alumbra: cuidado, Adela,
no tropieces; bien, esposa,
ya estás en tu casa... digo,
en la nuestra.

ADELA *(dando el abrigo á la criada).*
Chica, toma.

SERAFIN. No es elegante sin duda,
mas mi corazon te abona
que mi afecto, un paraíso
sabrá hacerte de esta choza.

ADELA. *(con timidez).*
Lo agradezco, sobre todo.
cuando aquí será muy corta
mi estancia, pues con mi madre
pienso pasar muchas horas.

SERAFIN. Eso sí... (¡Cuánta inocencia!)
pero Adelita, ¿no notas
que hace frio?... ¿quieres algo?

ADELA. No tengo gana.

SERAFIN. ¡Qué tonta!
¡Si no has probado ni pizca
en el banquete de boda!

ADELA. Cómo poco.

SERAFIN. Y yo lo mismo;
mas cuando se va á la fonda...
y entre paréntesis, chica,
se come bien en Perona.

ADELA. El baile es lo que yo siento:
¡me gusta tanto la polka!...

SERAFIN. Ya bailarás, hija mia.

ADELA. ¿Cuándo?

SERAFIN. Cuando Dios disponga.

ADELA. Mi padre tiene la culpa,
se empeñó en dejarme sola...

SERAFIN. Sola no, conmigo...

ADELA. Cierto,
pero es igual...

SERAFIN. Tanto monta.
(¡Qué sencillez!) Pero, niña,
estás abriendo la boca:

¿quieres algo, mi lucero?

ADELA. No tengo gana.

SERAFIN. Pues, ¡hola!
(Á la criada, que se ha dormido).
no te duermas.

CRIADA. No me duermo.

SERAFIN. Puedes irte.

CRIADA. ¿Y á qué hora
llamo á ustedes?

ADELA. Tempranito,
porque tengo varias cosas
que estudiar en el piano...

SERAFIN. No tengas prisa, pichona,
que para mí que he de oirte
sabes ya tocar de sobra.

CRIADA. ¿Conque dispondré el almuerzo
para ustedes?

SERAFIN. Sí, Gregoria.

CRIADA. ¿Y avisaré al medio dia?...

ADELA. Ó por la tarde: ¡qué posma!

¡TIERRA!

Envuelta en los celajes de la tarde
oh tierra codiciada! al fin te miro!
y brota de mis labios un suspiro,
y se dilata el corazon cobarde.
Tierra que siempre amé, que Dios te guarde!
y ora tumba me ofrezcas ó retiro,
haz que la dulce brisa que respiro
el fuego temple que en mis venas arde.
Dicha, esperanza, amor! en tí se encierra
cuanto el humano corazon ansía,
cuanto nos da placer, encanto y guerra:
Por eso lloro al verte de alegría,
y pues te llaman todos madre tierra,
recíbeme en tus brazos, madre mia!

MI ENTRADA EN MADRID.

HABANERA.

Con un sombrero
de jipijapa,
seis meses hace
llegué á Madrid,
y apenas hallo
muchacha guapa
que no se alegre
de verme aquí.

—

Dicen que traje
la tez morena,
y no me estraña,
porque aquel sol,
pudiera á ratos

fundir la arena,
y hasta hacer una
tortilla al ron.

—

En nueve meses
que anduve errante,
grandes mudanzas
hallar pensé.
Fijéme un poco,
y vi al instante
todo lo mismo
que lo dejé.

—

Los mismos hombres
en el gobierno,
los mismos platos
en el festin:
De los cesantes
el ¡ay! eterno,
de las hermosas
la faz gentil.

Los mismos tontos
que antes habia,
con igual aire
de gravedad:
Y mas medrados
en tontería,
que es de las cosas
que crecen mas.

—

Las mismas hembras
pecaminosas,
que cual de traje
cambian de amor:
Las mismas redes
artificiosas
cubriendo el cielo
de la ilusion.

—

Calumnias gordas
de gente flaca
que oculta el rostro
para ofender:
Y de envidiosos

turba bellaca
que se enfurece
viendo comer.

—

Mucho patriota
que se clarea
y cobra sueldo
si se lo dan.
Mucho valiente
que no pelea...
¡todo lo mismo
que un año atrás!

—

Tal de la córte
descubrí el mapa
cuando há seis meses
llegué á Madrid;
con un sombrero
de jipijapa,
diciendo á todos:
ya estoy aquí.

Tronado fuíme,
llegué tronado:
mi honor llevaba,
volví con él:
Penas y sustos
solo he pasado,
que amigos fieles
allí encontré.

—

Los que en mi ausencia
segun su estilo,
me calumniaron
con pluma ó voz,
aquí me tienen
gordo y tranquilo;
¿hay quien sostenga
lo que escribió?

—

Nunca el misterio
buscó mi lira,
tras de sus cantos

mi nombre va.
De mis creencias
la fé la inspira;
podrá engañarse,
mentir, ¡jamás!

Madrid, agosto 1868.

FRAGMENTO DE UN POEMA.

Los verás en la calle, en los paseos,
en el circo de Paul y en la zarzuela,
amarillos, escuálidos y feos,
vestidos de verano cuando hiela.
Si tratan de política son neos,
están, en artes, contra toda escuela,
que de niños no fueron á ninguna
porque nacieron sabios en la cuna.

—

Los hay de lindo rostro y buen talante
que salen de conquista por la noche,
solo por ver si atrapan, Dios mediante,
alguna vieja que les lleve en coche.
Raro es entre ellos quien conoce á Dante,
pero todos conocen á Bamboche,
y no ignoran tampoco la hostería
donde se come mal, pero se fia.

Por dar gusto al amigo ó á la novia
van de las letras á picar el cebo,
y ora escriben con B Vigo y Varsovia,
ora reniegan del ardiente Febo.
El que los quiera ver con hidrofobia
no tiene mas que hacerse un traje nuevo;
llaman á la amistad vana quimera,
y piden dos pesetas á cualquiera.

—

Tocante á su valor no digo nada,
¡pobre de aquel que lo pusiera en duda!
no hay quien resista el temple de su espada,
como la punta de un colchon aguda.
Su sátira discreta y delicada
es del ingenio poderosa ayuda,
y así viven delgados como alambre,
matando cuanto ven, menos el hambre.

—

¡Oh, sacra envidia, venerando númen
que bajo el cielo de mi patria vives,
y de nuestras grandezas el resúmen

con desenfado igual cantas ó escribes!
Ya coronen á un vate, ya lo emplumen,
gratas ofrendas en tu altar recibes,
el caso es abatir al que se eleva
y que se mojen todos cuando llueva.

—

Pregunta á una mujer por qué Fulana
luce mas que ninguna en los salones,
yde spues de reir de mala gana
narrándote sus raras perfecciones,
te hará la insinuacion de si es liviana
ó si debió á la intriga sus blasones,
y aunque una Vénus á tu juicio sea,
ella te probará que es tonta y fea.

—

Cuentan que el calamar al ver cercano
el pez que se lo come si lo atrapa,
enturbia con su tinta el Occeano
y entre la oscuridad ligero escapa.
Así cerca del rostro al ver la mano
el envidioso sus miserias tapa,
y envuelto de su nada en lo profundo,
va sembrando simplezas por el mundo.

Fiera y tirana ley del apetito
que al hombre inspiras pensamientos tales,
y si es audaz le llevas al delito,
y si tonto á que escriba memóriales;
cuanto mas en tus crímenes medito
mas á piedad me mueven los mortales;
¿quién pide rectitud á gente inquieta
que escribió en su pendon: ¡gloria ó chuleta!

UN PASEO POR EL OTRO MUNDO.

No ya en coche de camino
porque esos tiempos pasaron,
como pasará muy pronto
todo lo que está pasando,
sino en un tren de primera
muy confortable y muy ancho,
salió mi humilde persona
yo no sé si á tomar baños,
camino de Andalucía
en una tarde de mayo.
Como sin duda iba enfermo
y era cosa de cuidado,
no conseguí verme solo
ni pude dar un mal paso,
hasta que al llegar á Cádiz
donde paré en un palacio
con centinela á la puerta
y mucha gente en el patio,

me dispuse en pocas horas
á dar el terrible salto,
y me largué á Puerto Rico
con un humor de mil diablos.
Llegué por fin, y allí empieza
la historia de mis quebrantos,
que hasta allí todo fué gloria
pues nada me costó un cuarto,
y es una cosa muy buena
lo de viajar pensionado.
¡Puerto Rico! El solo nombre
cebo fué á muchos incautos,
pero ya tiene de rico
lo mismo que yo de santo.
Ya solamente es un puerto
y como puerto muy malo,
por mas que al tratar la gente
se ve que es un puerto franco.
Allí hay negros á montones
que van sucios y descalzos,
sin pensar en otra cosa
que en su machete y su gallo.
Andan á pié los correos
y los mendigos en jaco,
los gatos por las aceras

y el pueblo por los tejados.
Se bebe mas brandy que agua,
si anda este líquido escaso,
pero en cambio cuando llueve
algo mas de lo ordinario,
desde sus mismos balcones
pescan los vecinos barbos.
Si uno se moja, la cama;
si se hace una herida, el pasmo;
si le da el relente, el médico;
si la fiebre, el catafalco.
Todo el año se disfruta
de las delicias del campo,
pero hay arañas que matan,
mosquitos que dan sablazos,
níguas que entre cuero y carne
se alojan de vez en cuando,
y cangrejos que en mordiendo
son como los moderados,
que antes que soltar la presa
se dejan hacer pedazos.
Cuando el viento sopla un poco
derriba los campanarios,
cuando truena, hay que taparse
los oidos con un trapo.

Suele á menudo la tierra
tener dolores de parto,
y en dándole alguno fuerte
todo el mundo boca abajo.
Comer frutas no es muy bueno,
comer carnes, es muy caro,
no comer, está mal visto,
comer de todo, hace daño.
No se llena el coliseo
mas que cuando hay monos sabios,
y en punto á *letras*, se admiten
con gran descuento, y á plazo.
Versos, los hace cualquiera
lo mismo negro que blanco,
que da la América vates
como bellotas el Pardo.
En fin, aquello es España
y aquellos nuestros hermanos,
y en la casa del herrero
hasta el martillo es de palo.
Allí la vida es la hamaca,
la gran distraccion, el baño,
la suprema dicha, el baile,
y el mejor manjar, el plátano.
Quedan otras muchas cosas

que ya os iré relatando
porque sepais el motivo
de no haber yo vuelto flaco,
y queda, pues de lo bueno
quiero citar lo mas alto,
una cosa inmejorable...
los amigos que he dejado,
y que hallarán en mí siempre
la ternura de un hermano.

Madrid, marzo de 1868

ENFRENTE DE UN RETRATO MIO

DESPUES DE UN AÑO DE AUSENCIA.

Sí, te conozco! Tú eres
el que siempe fué mi amigo,
cómplice de mis placeres,
de mis lágrimas testigo
y mártir de mis deberes.

—

Tú fuiste el que en ánsia loca,
cegado por no sé qué,
de amor labraste la roca
cuya cumbre al cielo toca
y por eso no se ve.

—

Tú de un sueño en otro sueño
dicha, fortuna, esperanza,
buscaste con vano empeño,

y á cada instante que avanza
me pareces mas pequeño.

—

Mucho me hiciste rabiar,
mas nunca llegué á olvidarte,
y hoy que te vuelvo á encontrar,
la vida quisiera darte
para poderte besar.

—

Algo cambiado te veo,
mas tanto tu bien deseo
que al derecho ó al revés,
de cualquier modo que estés
nunca me pareces feo.

—

Nadie como yo te amó,
y diera mi vida entera
y el alma que la animó
si hallara quien te quisiera
la cuarta parte que yo.

Tampoco, como otras veces,
muy alegre me pareces;
mas paso tu ceño adusto,
que si alguna vez padeces
de fijo será por gusto.

—

Consuélate, dueño mio,
y por nada tengas pena,
usa tu libre albedrío,
y si tienes gana, cena,
y arrópate, si hace frio.

—

Espejo en que á todas horas
puedo mirarme con calma,
imágen que nunca lloras,
pues hasta el murmullo ignoras
de las borrascas del alma.

—

Tú cuyos vivos colores
á pesar de ser postizos
tendrán siempre admiradores,

déjame tocar tus rizos
á falta de otros mejores.

—

Y deja que al verte así
diga, al recordar con duelo
lo que soy y lo que fuí:
—¡Ay! ¿por qué no me hizo el cielo
insensible, como á tí?

CARTA Á UN AMIGO.

Te lo dije y lo he cumplido;
ya me tienes en Madrid,
donde hay muchos que aseguran
que no he salido de aquí.
Verdad es que cuando asomo
al espejo la nariz,
y me miro tan alegre
como en mi edad infantil
y tan gordo y mofletudo
como un hijo de Zurich,
pienso que de un grato sueño
disfruto la *rèverí*.
Y eso que tú como nadie
sabes los ratos de esplin
que he debido en ocho meses
á ese bendito país;
y los azares y sustos
de diferente matiz,

que nos quitaron el sueño
una y cien veces, y mil.
Que la tierra se menea,
que el mar nos va á sumergir,
que el huracan se desata,
que rueda el sol del cenit,
que cada calle es un rio,
que hay conatos de motin,
que dan garrote á tres prójimos
y ya ha llegado el *buchí,*
que la miseria descubre
su demacrado perfil,
y por remate de todo
que no se puede vivir.
Aquí al menos, caro amigo,
está firme el adoquin,
y jamás el Manzanares
llegó á la red de San Luis.
Si uno está triste, se alegra
escuchando á Tamberlik,
si tiene hambre da un paseo
por delante de Lhardy,
y se alimenta de gases
como si fuera un candil
de los que han puesto de moda

las grisetas de París.
Cualquiera va de paseo
diez leguas en calesin,
y á buen seguro que un rio
le diga al paso: ¡alto ahí!
Verdad es que no hay serrucho
ni flores mas que en abril,
ni se oye sonar el *güiro*
al despertar y al dormir,
ni se *aplatana* la gente,
ni come nadie *maní*,
ni se caza en los *manglares*
con agua hasta el corbatin,
ni se juega á la *manigua*
sin esponerse á un desliz.
No se llama *niño* al viejo
que vive ya por un tris,
ni *morena* á la que suda
tinta fina de escribir,
ni *bellaco* al pobre amante
cuando está fuera de sí.
Por esto y otras razones
que alcanza bien tu magin,
que aún alterar no han podido
los calores del país,

deja los dulces *meneos*
que te hacen tan infeliz
y el oro de que no gozas
ven á gastar por aquí,
que ni ha de faltarte piña
mientras exista un jardin,
ni danzas en Capellanes
con la turba modistil,
ni hamaca en que echar la siesta
como me sucede á mí.
Que eso de vivir temblando
no es asunto de reir,
y solo cuando hace frio
tiembla la gente en Madrid.

Marzo de 1863.

EPÍSTOLA.

A un vate puerto riqueño
que Juan de Ponce se llama,
y por lo tonto pudiera
llamarse muy bien Juan Lanas.

Sabrás, lector de mi vida,
si á tanto tu bondad llega
que me concedes benigno
cuatro minutos de audiencia,
que por la mala de Cuba
(mala al fin, para ser buena)
un vate puerto riqueño
me ha disparado una flecha
que me hubiera producido
quizás herida tremenda,
si en vez de darme en la bota
llega á darme en la cabeza.
Y ¿á que no sabes la causa

de esta coz, vulgo pirueta,
que me propina un incógnito
á centenares de leguas?
Pues bien; es porque yo he dicho
al dar á España la vuelta,
que Puerto Rico está pobre,
y que hay níguas y que truena,
y que la hamaca es la vida
y el bailar dicha suprema.
Que recorren los mendigos
á caballo las haciendas,
y van á pié los correos,
lo cual no es raro suceda
allí donde no hay caminos
ni cosa que lo parezca.
¿Encuentran ustedes justo
que por razon tan pequeña
suelte todo un caballero
(suponiendo que lo sea)
una columna muy larga
de sandeces é insolencias?
Que á mí la atencion me llame
cuando piso tierra nueva
todo lo estraño que veo
y lo juzgue á mi manera,

¿es suficiente motivo
para que un Juan Ponce á secas,
pues Leon no puede serlo
sin cortarse las orejas,
quiera hombrearse conmigo
aprovechando mi ausencia?
¿No he dicho yo de las gentes
que son sencillas y tiernas,
aunque sé de buena tinta
que hay escepciones entre ellas?
Enemigo de Borínquen
me llama el bardo chancleta,
tabernario á mi lenguaje,
calumniadora á mi lengua,
cuando he tenido la calma
de ver tranquilo sus letras,
y no le he llamado bruto
ni le he mandado á la escuela!
Díceme el señor de Ponce
que lo que allí no se encuentra,
son patriotas vergonzantes
ni oradores de comedia,
ni pedantes literatos
como hay aquí por docenas.
Sé muy bien que no hay patriotas

de la clase que me cuenta,
pero sé también en cambio,
y lo he visto con vergüenza,
que hay unos cuantos benditos
que nos odian por sistema,
y se sacáran con gusto
nuestra sangre de sus venas,
si al quedarse sin la roja
no publicáran la negra.
Patriotas que aunque de España
á todas horas reniegan,
se inscriben en su milicia
en cuanto huelen revuelta,
y tienen en mas aprecio
que su fortuna y su hacienda
las cruces que aquí les damos
y hasta en la camisa llevan.
No es esto decir tampoco
si son ó no son babiecas,
que aquí hay quien hace lo mismo
y nadie se lo moteja.
Es decir que en todas partes
las personas son idénticas,
y que en la hermosa Borínquen
cuyo recuerdo me alegra,

y donde tengo afecciones
profundas y verdaderas,
hay bastantes cosas malas
junto á muchas cosas buenas.
Una verdad solamente
calló mi pluma discreta,
que hoy debo decir muy franco
aunque alguno se resienta.
Además de todo aquello
de que les hablé á mi vuelta,
hay tambien en Puerto Rico
tontos que nacen poetas,
y esto que yo les anuncio
el señor Ponce lo prueba.
Pues cierto se necesita
tener la cabeza hueca
para encontrar en mis versos
ni la sombra de una ofensa
á un país donde he vivido
sin que me hayan dado guerra
ni el vómito, ni la fiebre,
ni el tífus, ni la viruela,
ni otra porcion de delicias
de las que allí no escasean.
Cállese pues el buen Ponce

y no me busque la lengua;
mas por si acaso reincide
y en molestarme se empeña,
recomiendo á mis amigos
que lo aten á una carreta.

AL PARTIR Á ITALIA.

Cuando estas líneas lleguen á tus manos,
mi querido lector,
de Italia, cuna y tumba de tiranos,
camino irá el autor.

—

En tanto te oprimió fatal señora,
tus penas compartí:
libre eres ya: no tengo por ahora
nada que hacer aquí.

—

Siempre fiel á la patria y á la idea,
á su servicio voy:
quien en mi daño lo contrario crea
pronto verá quién soy.

Rudos ataques y batallas rudas
con la maldad libré:
lejos del alma las cobardes dudas,
tengamos todos fé.

—

Harto tiempo llorando mis dolores
los años vi pasar;
dejadme entre laureles y entre flores
un punto descansar.

—

Dejad que pose mis amantes labios
do el Dante los posó,
y le indemnice así de los agravios
que Cheste le infirió.

—

Dejad que me refresquen las nativas
auras de libertad,
allí donde tambien fueron cautivas
la gloria y la verdad.

No olvidaré por eso de mis lares
la calma y el placer,
ni sonará mas voz en mis cantares
que la voz del deber.

—

Y si llegára por desgracia el dia,
funesto para tí,
en que otra vez la infame tiranía
tuviera asiento aquí:

—

Como alud de los Alpes desprendido
á tí vendré veloz,
y maldiciendo al déspota temido
resonará mi voz.

—

Y el himno de la patria recordando
con él te llamaré,
y por tu honor y libertad luchando
gozoso moriré!

RESPONDIENDO Á UNA INVITACION.

EPÍSTOLA.

Pablo de mi corazon,
absorto y mudo me dejas,
¿de mi conducta te quejas?
pudieras tener razon.
¿Pero no sabes, guason,
cómo vivo en este yermo?
¿no recuerdas lo que duermo?
¿y no llegó hasta tu oido
que tras de estar aburrido
he estado tambien enfermo?

—

Hoy ya la cosa varía,
tuviera el alma de bronce
si no me arrastrára á Ponce
vuestra amable compañía.

Ya anhelo llegue ese dia
que poco debe tardar,
pues pienso hacerme á la mar
sacudiendo mi galbana,
el martes por la mañana
en el vapor de Aguilar.

—

Mi entendimiento, mi voz,
mi gracia, mi travesura,
hasta mi propia figura
que engorda de un modo atroz,
iré á ofreceros veloz
si tanto se necesita;
y en la cuestion que se agita
yo probaré á mi manera,
que soy un Cid con chistera
y un Licurgo con levita.

—

Si al infierno el trace Orfeo
su mujer bajó á buscar,
y yo en esto de ayudar

casi soy un Cirineo:
¿No he de cumplir el deseo,
ó, mejor dicho, el placer,
ó, mejor dicho, el deber,
ó, mejor dicho, el capricho,
ó el empeño, mejor dicho,
de volveros pronto á ver?

—

Adios pues, amigos mios,
juntos en breve estaremos,
y una vez mas probaremos
vuestra amistad y mis brios.
Que aunque los hados impíos
hoy me tratan con rigor,
para templar su furor
tengo yo dentro del alma
un gran escudo, la calma,
un gran consuelo, el amor!

Puerto Rico, 23 de agosto.

Á UN REO CAMINANDO AL PATÍBULO.

Odio, miseria, estupidez, codicia,
pusieron el puñal entre tus manos,
y por lavar tu crímen los humanos
del criminal aceptan la impudicia.
La sangre pide sangre! en su malicia
gritan los que blasonan de cristianos,
y fuertes con el débil y tiranos
muerte le dan con bárbara delicia.
Tú al patíbulo vas! Cortejo impío
sigue tus huellas, y á admirar se lanza
ese cuadro patético y sombrío.
Reo, valor, dulzura y esperanza!
Dios perdona del hombre el desvarío
y allí es justicia lo que aquí venganza!

Á UNA BOCA.

Boca no se vió jamás
como tu boca, Ginés;
hablando, vale por tres,
comiendo, por muchas mas.

—

Cuando á pedir se dedica
sin vergüenza y sin sosiego,
parece boca de riego
que á todo el mundo salpica.

—

Y cuando suelta el embozo
para verter una idea,
por lo que oculta y marea
parece boca de pozo.

Tu boca á furor provoca,
y hay quien perdiendo la calma
juzga que no tienes alma
ó la tienes en la boca.

—

Nadie en amantes deseos
por tu boca suspiró,
aunque hay quien la confundió
con el buzon de Correos.

—

Ni hubo quien tal heroismo
en su corazon guardara,
que á tu boca se asomara
mejor que á la de un abismo,

—

Por no ver en su interior
tu diente negro y gastado,
padron de ignominia alzado
en el solar de un traidor.

La ventura de la vida
que hoy es ruin y pasajera,
fuera colosal, si fuera
de ella tu boca medida.

—

Si afirma que se equivoca
quien tiene boca, el refran,
pocos se equivocarán
como tú con esa boca.

—

No es que á mi suerte mezquina
con tal pretension arguya;
mas ¡ay! si como la tuya
me abriera una boca-mina.

—

Si á matar una opinion
basta una boca pequeña,
tu boca, si es que se empeña,
matar puede una nacion.

Por eso cuantos la ven
dicen con voz angustiada:
—De esa boca condenada
el Señor nos libre, amen.

—

Y yo que no soy de roca,
pido á Dios con ánsia loca
verte andar de puerta en puerta
con tamaña boca abierta
y con el Credo en la boca.

BALADAS CÓMICAS.

I.

Mirando á las estrellas
pasé en mi juventud horas felices;
anciano ya, mis ojos volví á ellas
y por poco me rompo las narices.

II.

Tiene unos ojos ¡qué ojos!
tiene una boca ¡qué boca!
como dos garfios los unos,
como una espuerta la otra!

III.

El alma que del cuerpo se desprende
es igual al aroma de la flor,

que embalsama la atmósfera un momento
y luego sirve para hacer jabon.

IV.

Por la senda del castillo
le vi una tarde llegar,
oprimiendo los ijares
de su fogoso alazan.
Vuela, vuela, le decia,
corta los vientos audaz,
que ya el olor de la cuadra
en las narices me da.
Y el corcel, casi olvidado
de su antiguo esparaban,
bosques, arroyos, colinas,
todo lo dejaba atrás.
Ya del castillo á la puerta
el señor llamando está;
ya le desciñen sus pajes
del aparejo marcial.
—Buen caballero, ¿qué traes
que corres con tanto afan
y á la esposa que te aguarda
ni un solo abrazo le das?

—¡Perdon, señora; dejadme,
traigo gana de cenar!

V.

¡Madre! la dije un dia
cuyo recuerdo al corazon alegra;
vivió en mi compañía
y desde entonces ¡ay! le digo ¡suegra!

VI.

¿Ves cual las nubes cruzan
el firmamento, ves?
Dos eran hace poco,
ya son lo menos diez.
En caprichosos grupos
semejan al crecer,
ya cárdeno fantasma,
ya fúnebre dosel.
Una entre todas, negra,
pavor me da ¿la ves?
¡Huyamos de esa nube
que pronto va á llover!

VII.

Soñé que en la batalla
desfallecido, inerme,
sobre mí galopaban, aguijados
por la sangrienta espuela, los corceles.
La ermita de la aldea
celebraba la fiesta de la muerte,
mientras el vencedor sembraba el luto
por la campiña alegre.
Desperté, y aun despierto
sentia aquel rumor confusamente,
¿y cómo no sentir las campanillas
de las burras de leche?

LA POESÍA.

Hija de Dios, de su poder nacida,
tambien un alma á sus creaciones da,
y de cada ilusion hace una historia
y de cada virtud una deidad.

—

Minerva es la prudencia; la hermosura,
Vénus saliendo del hirviente mar;
Júpiter es el rayo, y la tormenta
de Neptuno obedece la señal.

—

El eco que en los aires se percibe
es el suspiro de amoroso afan
con que una Ninfa á su Narciso llora,
si ausente ó triste ó enojado está.

De hadas puebla los bosques, de querubes
el cielo adorna en símbolo de paz;
y hasta la muerte nos retrata hermosa;
y rico en esperanzas, el pesar.

—

Pero ¡ay! en vano el genio del poeta
lucha con la cansada humanidad;
¡el mundo es su calvario, y Dios no quiere
que de él encuentre el término jamás!

CANTARES.

Agua, cielo, tierra y aire
los cuatro elementos son;
mas ¿qué fueran si faltáran
oro, paz, vino y amor?

—

Desde la bohardilla suelen
tirarse muchas doncellas,
y unas van al empedrado
y otras á la carretela.

—

Tengo mis ojos puestos
en una cara,
y al espejo me asomo
para mirarla.

No sé yo de entre dos cosas
cuál de las dos es peor,
si una mujer sin cabeza
ó un hombre sin corazon.

—

En el viaje de la vida
van los ricos á caballo,
los caballeros á pié,
y los pobres arrastrando.

—

Copia, Juana, es tu huerto
del Paraíso,
solo que en él no existe
fruto prohibido.

—

El peligro, como el sol,
á todo el mundo calienta,
y el que mas lejos le quiere
mas fácilmente se quema.

Cielos y mundos podria
mi corazon contener;
¡cómo serán mis dolores
cuando no caben en él!

—

Como el pez en el agua
vive aquí el bueno,
esperando á que el malo
le eche el anzuelo.

—

Quisiera tener la vida
que tienen juntos los hombres
para estar solo en el mundo
y tirarme de una torre.

—

En el templo de la gloria
puso el destino dos puertas,
por una se entra de piés
y por otra de cabeza.

Entre todos los cañones
dos solamente me asustan,
los que hay en las chimeneas
y los que tienen las plumas.

—

De azul estaba vestida
cuando yo la conocí;
pronto vestirá de negro
al acordarse de mí!

—

El carro de la fortuna
no tiene mas que una rueda,
quien sube en el carro, cae,
quien tira del carro, vuela.

EN UN ALBUM.

Quien quiera que tú seas,
niña ó mujer, te estimo desde ahora,
y á Dios le pido que jamás te veas
mártir de una ilusion engañadora.
Y si lágrimas llora
alguna vez tu corazon amante,
séquelas al instante
la perfumada brisa,
y brille en tu semblante
cual íris de ventura, la sonrisa.

LLAMANDO Á UNA PUERTA.

(Imitacion de Victor Hugo.)

Paz no encuentro ni alegría
como otro tiempo solia;
pobre desterrado soy,
y dejo del alma mia
pedazos por donde voy.

—

Cual sol que llega á su ocaso
mi juventud va de paso,
y mis memorias detrás;
¡bellos fantasmas que acaso
no volveré á ver jamás!

—

La desventura y el gozo
he probado desde mozo,
y familiares me son

las piedras del calabozo,
las alfombras del salon.

—

He contado por amigos
á magnates y mendigos;
amado y temido fuí,
y al mal de mis enemigos
con el bien correspondí.

—

Sé lo que son los amores,
los placeres, los dolores,
y he visto ante mí pasar
nubes, vientos, alas, flores,
astros, sombras, tierra, mar.

—

Aplausos debí á la gente
y fuerza al Cielo clemente
para llevar sin baldon
las espinas en la frente,
la calma en el corazon.

Nada mi ambicion despierta,
y está mi esperanza muerta,
y dicha no encuentro aquí:
—ábreme, tumba, la puerta
que busco reposo en tí!

Puerto Rico, enero de 1868.

EN GRANADA.

—Que dónde estoy, preguntan mis lectores
inquietos por mi ausencia;
aquí vivo, en la patria de las flores,
patria tambien del duque de Valencia.

—

En sus amenos cármenes vagando
mis pesares olvido;
ensueños de otra edad vine buscando,
todo (el honor excepto) lo he perdido.

—

Aquí de muertos siglos la memoria
llena mi fantasía,
y en los escombros la doliente historia
leo y medito de la patria mia.

De la desierta Alhambra los encajes
bordo de mil visiones,
y zegríes al par y abencerrajes
me cuentan sus gloriosas tradiciones.

—

Y sueño ver sus bravos paladines
en belicoso alarde,
y hasta escucho la voz de sus muezines
llamando la plegaria de la tarde.

—

Mas cesan mis pueriles devaneos,
y mis ojos cansados
solo ven en redor turbas de neos
y escuadras (sin el *ex*) de moderados.

—

Y en vez de las hermosas odaliscas
que el moro contemplaba,
doncellas de labor, pobres y ariscas,
hallo en el Boqueron y la Alacaba.

¡Qué distinto espectáculo me ofrecen
el monte y la ancha vega,
cuando del sol los rayos palidecen
y en su carro triunfal la noche llega!

—

Vierte la luna su fulgor tranquilo
y cual sierpe de plata,
pidiendo á Darro ó á Genil asilo
el arroyo á lo lejos se dilata.

—

Como estendido bando de palomas
cien pueblos se divisan,
y reluce la nieve entre las lomas
que ni los hombres ni las fieras pisan.

—

¡Ay! cuántas veces en el tiempo hermoso
de plácidos abriles,
en éxtasis sublime y silencioso
contemplé de ese cuadro los perfiles!

Cuántas en ese espacio sin medida
que la ilusion recorre,
triste y sonora me volvió á la vida
la funeral campana de una torre!

—

¡El cuadro aún está aquí! Cual siempre bello
convida á los mortales,
pero ¡ay! que de la edad al atropello
yo soy quien perdió ya los memoriales.

—

Y en lugar de aquel éxtasis divino,
la Alhambra contemplando,
me aterra la pendiente del camino
y recuerdo al subir que voy bajando.

—

Aún, con todo, viviera en su follaje
solo, sin esperanza ni deseo,
como vive en los bosques el salvaje,
(y quien dice salvaje, dice neo).

Granada, 18 de setiembre.

EL ARROYO.

(Imitacion de Schiller.)

Vierte sus aguas bramando
el torrente asolador,
y sin pompa ni rencor
corre el arroyuelo blando.

—

Destruye aquel y este crea;
da uno miedo, otro placer;
¿qué es el torrente? el poder;
¿qué es el arroyo? la idea!

BUENAS NOCHES.

IDILIO DEL DIA.

¿Se acuerda usted, señora?
fué la primera vez que nos hablamos
un martes, á la aurora;
salíamos de un baile; tropezamos;
yo la dije á usté: hermosa; usté: atrevido...
y asunto concluido.

. . . . . .

Pocos meses despues, en otra fiesta
la hallé á usted disfrazada de beata
al lado de la orquesta
que tocaba el final de *la Traviata.*
Fuimos al ambigú; cenamos fuerte,
la llevé luego en coche con su tia,
usté me dijo:—Tuya hasta la muerte,
y yo añadí no sé qué tontería.

. . . . . .

La noche está serena,
apóyate en mi brazo y ven conmigo,

quiero llevarte un rato á la verbena:
la chica irá al café con el abrigo.
Al rayo de la luna
nueva edicion te haré de mis amores,
¡bendita una y mil veces mi fortuna!
¡vamos, acaba de ponerte flores!

. . . . . .

Lejos estoy de tí, y en mi quebranto
do quier tu imágen veo,
corren al mar las ondas de mi llanto
y te pinta en las ondas mi deseo.
Noche profunda y triste
la luz oscureció de mi existencia,
todo de sombras y pavor lo viste
la noche de tu ausencia.

. . . . . .

—Que si te amo de veras—me preguntas,
y lo dices así, con esa calma;
como yo los lunares de tu cuerpo,
conoces tú los pliegues de mi alma,
¿No te acuerdas? Unidos palpitaron
tu corazon y el mio;
los dos al mismo fuego se inflamaron,
¡como que era febrero, y con un frio!..

. . . . . .

Anoche pensé en tí; salí á la calle
y pagué tus corsés y tus camisas;
no nos veremos mas en este valle
de lágrimas y risas.
Dios te dé tanto bien y tanta gloria
como besos has dado y recibido;
en cuanto á mí, pasemos á otra historia;
borre de aquellas noches la memoria
la suspirada noche del olvido.

Madrid, 1868.

Á LA LIBERTAD.

Brotaste como Vénus de la espuma
y el gaditano mar te dió su arrullo;
cual flor que abre á la aurora su capullo
así te vi nacer entre la bruma.
Águila escelsa de rizada pluma
ya el firmamento cruzas con orgullo
y de miles de labios el murmullo
tu gloria dice y tus milagros suma.
¿En vez de las encinas y las palmas
en nido oscuro que labró tu anhelo
tu dicha escondes y tus penas calmas?
—¡Despierta, libertad, alza tu velo;
nido mejor te ofrecen nuestras almas
y has de subir con ellas hasta el cielo!

Madrid, 1868.

LA JUVENTUD.

Placeres, gloria, aplausos y contento
mire en torno la ardiente juventud,
y la vejez disgustos, desaliento
y la muerte, y despues el ataud.

DUQUE DE RIVAS.

¿Do me llevais? Los ecos de la orgía
siento lejanos en alegre coro,
resplandece el salon de seda y oro,
cada mujer semeja una deidad.
Una entre todas mi apetito enciende.
—Ven hácia mí, vision del alma inquieta,
tuyo es mi amor.—¿Quién eres?—Un poeta.
—Aspiro á mucho mas.

—

Niño era aún cuando en civil combate
escuché de la patria el grito santo,
y su victoria celebré en mi canto
y á su nombre latió mi corazon.

De amor y caridad fué mi doctrina,
yo la seguí como del bien la estrella,
y hoy sin patria ni hogar vierto por ella
lágrimas de dolor.

—

—¿Qué me pides? Las cuerdas de mi lira
no vibran á la voz del entusiasmo,
mi risa es ya la risa del sarcasmo,
sordo á la fé mi corazon está.
Otro era el tiempo en que sonante y pura
dichas y glorias y placer cantaba,
cuando al cerrado porvenir miraba
sin duelo y sin afan.

—

¡Mentida juventud! ¿do están tus goces?
¿dónde la calma que á vivir convida?
¿dónde la luz de la ilusion querida,
la paz del alma, de la ciencia el bien?
Ensueño de una noche disipado
por las primeras tintas de la aurora,
canto del cisne que muriendo llora,
astro que empieza á arder.

¡Ventura juvenil! ¡Ay del que loco
en vértigo falaz por tí se afana,
perdido entre las nieblas del mañana
triste y doliente marchará á su fin!
¡Juventud! ¡Primavera de la vida!
Solo anhelo me dejes un instante
ver de la libertad el sol radiante,
¡saludarlo, y morir!

Puerto Rico, 1867.

EL FINAL DE UNA HISTORIA.

Llamé á tu corazon, amada mia,
y mudo le encontré, mudo y desierto,
ya no vibra á mi voz como algun dia,
tu corazon ha muerto.

—

Vendrá quizás un tiempo no remoto
que triste y sola llamarás tú al mio,
y, cual sepulcro profanado y roto,
lo encontrarás vacío.

—

Tal suele entre las cumbres movedizas
del monte, por las nieves coronado,
aventar el viajero las cenizas
de un volcan apagado.

Granada, 1868.

AL PUEBLO.

Austriacos una vez, otra Borbones
amenguaron tu fama y tu riqueza,
quedando solo ya de tu grandeza
rotos escombros, viejas tradiciones.
Hoy que ves el dosel hecho girones
y que una nueva edad para tí empieza,
no pongas dique al bien con tu pereza
ni al mal presten ayuda tus pasiones.
Calma, prudencia, abnegacion, mesura,
sendas seguras son por donde al cabo
llegarás al Eden de la ventura:
Por noble y liberal hasta hoy te alabo,
no des mañana *ciento en la herradura*
ya que distes ayer *una en el clavo*.

UN FRAGMENTO DE LA DIVINA COMEDIA.

EPISODIO DE FRANCESCA DE RIMINI.

. . . . . .

Despues que á mi doctor hube escuchado
nombrar famosos hombres y mujeres
piedad sentí, quedándome turbado.

Luego empecé: «Poeta, si tú quieres
hablaré á aquellos dos que van unidos
y espíritus parecen mas que séres.»

Y él contestó: «Muy pronto en tus oidos
su voz ha de sonar, si haces tu ruego
por los recuerdos de su amor queridos.»

Les trajo el viento hácia nosotros luego
y «¡oh pobres almas! esclamó con pena,
hablad, si se os permite este sosiego.»

Cual dos palomas la region serena
con ala abierta cruzan yendo al nido
cuando un anhelo igual las enajena;

Tal, dejando la turba en que está Dido,
cruzaron ellas el impuro ambiente
y así sonó su acento dolorido:

—«¡Oh tú, mortal benéfico y clemente
con nosotros que dimos á la tierra
de lágrimas y sangre el riego ardiente!

Si nos amára el que el Eden nos cierra
pidiéramos tu dicha hora tras hora
en gracia á la bondad que tu alma encierra.

Y ya que así lo quieres, oye y llora,
que á oir y hablar contigo me acomodo
mientras no ruja el viento, como ahora.

Que nací quiero sepas ante todo
allá en la playa donde el Pó desciende
de dormirse en el mar buscando modo.

Amor que sin estudio el alma aprende

me unió bien pronto á la gentil persona
robada á mí de un modo que aún me ofende.

Amor que al que no ha amado no perdona
me brindó su placer en aquel dueño
que jamás, desde entonces, me abandona.

Amor nos dió la muerte en rudo empeño,
y aquí aguarda Cain desde aquel dia
al que turbó nuestro amoroso sueño.»—

Apenas yo escuché la historia impía
bajé la faz, y al verme en tal estado
el poeta gritó: «¿qué te extasía?»

Vuelto ya en mí le dije: «¡oh, desgraciado!
¡cuánta dulce ilusion, cuánta ventura
nubló en estos la sombra del pecado!»

Luego volvíme al grupo con ternura
y comencé:—«Francisca, tus dolores
llanto á mi pecho arrancan de amargura.

Mas dime ¿de qué modo en sus albores
pudo un anhelo incierto ser la llave

que el verjel os abrió de los amores?»

—«¡Ay! esclamó; ningun dolor tan grave
como el de recordar tiempos felices
en la miseria; tu doctor lo sabe.

Mas si quieres llegar á las raíces
de aquel amor que te conmueve tanto,
llorando contaré lo que me dices.

Leíamos en calma y con encanto
de Lanceloto el libro cierto dia,
solos los dos, y sin ningun quebranto.

Más de una vez callaba el que leia
y clavando en el otro la mirada
mudaba de color, y proseguia.

Cuando llegó el pasaje en que la amada
con su sonrisa al amador provoca,
este, á cuyo destino voy atada,

temblando de placer besó mi boca,
y autor y libro Galeotto siendo
allí acabó nuestra lectura loca.»—

En tanto iba el espíritu diciendo
llorar al otro vi, de tal manera,
que á una mortal angustia fuí cediendo
y caí, cual si cuerpo muerto fuera.

Madrid, 1868.

MEMENTO.

(Traducida de F. Dall'Ongaro.)

—*Memento homo*, que polvo fuiste
y en polvo luego serás trocado;—
así, á la orilla del lecho triste,
cual juez que el fallo dicta á un malvado,
entona un *padre* con ronco acento;
¡homo, memento!

—

Y sobre el labio donde aún palpita
de amante beso la dulce huella;
sobre la frente que aún guarda escrita
de los recuerdos la historia bella,
el signo traza del sufrimiento...
¡homo, memento!

—

¿Quién eres, dime, que al moribundo
así apostrofas por sus errores,

y como un ángel estraño al mundo
le profetizas nuevos dolores
cuando al reposo camina lento?...
¡homo, memento!

—

Hombre, y del polvo tambien naciste,
cual yo tus horas contadas tienes,
el fin te aguarda de cuanto existe,
fueron tu herencia males y bienes,
¿por qué me gritas desde tu asiento
homo, memento?

—

Yo sí que en tono de amarga queja
te diré cosas que no has oido;
leon se ha vuelto la pobre oveja,
del polvo sale do la has hundido
y te devuelve tu juramento...
¡homo, memento!

—

No, no es la suerte de los humanos
culpa y castigo, miseria y dolo;

si el cuerpo es presa de los gusanos,
Dios de las almas es dueño solo:
di como todos: yo me arrepiento...
padre, *¡memento!*

—

Pobre y humilde fuistes un dia,
mártir, no prócer; pastor, no lobo;
te hizo soberbio la tiranía;
rico, el tributo del pueblo bobo;
la fé tomaste por instrumento...
padre, *¡memento!*

—

Muerto á la vida y á los placeres
has mutilado de Dios la obra;
rencor predicas, venganza quieres,
y das al mundo lo que te sobra;
otro Dios sueña mi pensamiento...
padre, *¡memento!*

—

Dios no se compra; Dios no se vende;
rómpase el velo que cubre el ara;

Dios no es la fuerza que nos ofende,
es, sí, la fuerza que nos ampara;
cobija á todos su firmamento...
padre, *¡memento!*

—

La gran riqueza que gota á gota
en vuestras arcas se fué apilando,
sangre es del pueblo que sangre brota,
no patrimonio de torpe bando;
no hace á Dios falta ser opulento...
padre, *¡memento!*

—

A toda herida bálsamo suave,
consuelo dulce de toda pena,
será la Iglesia cuando se lave
del fanatismo que la envenena;
la hora se acerca, sonar la siento...
Padre, ¡memento!

Florencia, 9 de marzo de 1869.

CONCLUSION.

Están las primeras páginas
de este libro trasnochado,
escritas al dulce arrullo
de las olas del Atlántico,
sobre la popa de un buque
cuyo nombre no hace al caso,
con el dolor consiguiente
y por consiguiente amargo,
de quien deja atrás la dicha
y tiene delante el caos.
Se escribieron las del centro
á la sombra que prestaron
los bosques de Puerto Rico
al infeliz desterrado,
entre el horrísono estruendo
y el desolador espanto
de huracanes, terremotos,
y toda clase de estragos.

Escribiendo estoy las últimas
á las orillas del Arno,
aquí donde alzó el Petrarca
la sien ceñida de lauros;
donde esculpió Benvenuto
sus joyas, del orbe pasmo,
donde labró Miguel Angel
dioses, templos y palacios,
y donde Dante el divino
con ingenio soberano
trazó el colosal poema
gloria de propios y estraños,
para martirio de Cheste
y algun otro literato,
tan ricos de orgullo necio
como de magin exhaustos.
En el tiempo que de aquellas
á estas hojas ha mediado
que son, si cuento por meses
veintitres ó veinticuatro,
han pasado cosas grandes
y ocurrido grandes cambios,
y está lo de abajo arriba
y está lo de arriba abajo.
Aquella augusta señora

por cuyo amor crucé el charco
habita en el estranjero
donde hizo habitar á tantos.
Favor mendigan ahora
los poderosos de antaño,
y las palabras que há poco
y así á la chita callándo,
filtrábamos en el pueblo
dos docenas de *insensatos*,
impresas en las esquinas
y aclamadas por los labios
á la luz del sol se ostentan
y obtienen público aplauso.
Jamás, ni siquiera en sueños
hubiera yo imaginado
que este epílogo seria
el final de mi trabajo.

—

Si yo fuera rencoroso
como soy alegre y franco,
pudiera aquí desahogarme
echando á volar al paso
versos que pocos conocen

y valen mas que otros varios
de que autor se me ha supuesto
por malicia ó entusiasmo,
y de los cuales sin pena
la paternidad rechazo,
hoy que puede todo el mundo
hablar y escribir muy claro.
Pero es cuando todos hablan
cuando yo silencio guardo,
y además, nadie lo ignora
pues lo tengo bien probado,
para luchar con los débiles
soy hombre de pocos ánimos.

—

Versos hay en este libro
que por privilegio raro,
ó mal leidos sin duda
ó mal escritos acaso,
de los vates *borinqueños*
han venido á ser el blanco,
dando ocasion á romances
y sátiras á destajo,
que mas que obra de *sinsontes*

parecen obra de gansos.
Ni yo insulté á Puerto Rico,
ni en él sufrí malos tratos,
ni sus bellezas le niego
así en negro como en blanco,
pero al juzgar á mi modo
lo que allí encontré de estraño,
si he sido justo ó injusto
lo saben mis adversarios.
En cambio de esos poetas
tan groseros como vanos,
que en odio á los españoles
sueñan con el taparabo,
á Puerto Rico me ligan
muchos cariñosos lazos,
y saben cuantos me quieren
si soy ó no soy ingrato.
Rosich, Alomar, Taboada,
Cerdá, Nene Cruz, Camacho,
Gomez, Cortada, Llorente,
don Angel el veterano,
Barnés, Blajot, Pepe Rubio,
Aguilar... ¡amigos caros!
están en mí vuestros nombres
mas fijos que sobre el mármol.

A vosotros va este libro
recuerdo fiel que consagro
á desventuras antiguas
y á modernos desengaños.
Otra vez ausente y solo
familia y hogar demando,
mas no ya con el acento
del que llora sus agravios,
con el amor del que espera
la dicha que anhelo tanto.
De los sueños juveniles
terminó para mí el plazo;
¡patria, deberes, virtudes,
santa verdad que idolatro,
cubridme con vuestras alas
y aceptad mi vida en pago!

Florencia, noviembre de 1869.

FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
Dedicatoria	5
Prólogo	7
En un calabozo	10
Adios á la patria	11
En alta mar	14
El pico de Tenerife	20
A una gaviota	23
Al llegar á América	26
Mi vida.—Carta á Luis Rivera	31
En el album de una poetisa americana	35
La cimarrona.—Danza	38
Á Anita Ainz en la muerte de su hermana Isabel	40
Los vientos.—Boceto de un poema	45
Á una niña	51
A un amigo pidiéndole dinero prestado	52
La Noche buena del proscripto.—Á mi madre	58
Los bailes de Puerto Rico	60

El Dos de Mayo..... 65
¡Horror, terror, furor!..... 69
Los pobres..... 73
La primavera..... 76
Sotto il manzanillo..... 79
Anacreóntica..... 81
Á mis amigos de Puerto Rico.—Despedida..... 85
La alegría y el dolor..... 86
Un recuerdo.—Al veterano coronel don Angel Corbacho..... 90
Fábula inocente..... 95
Las economías..... 100
A Mlle. Victorine R..... 104
El higuito..... 106
La nave fantasma.—Episodio..... 113
Escena de una comedia inédita..... 117
¡Tierra!..... 120
Mi entrada en Madrid.—Habanera..... 121
Fragmento de un poema..... 127
Un paseo por el otro mundo..... 131
Enfrente de un retrato mio despues de un año de ausencia..... 136
Carta á un amigo..... 140
Epístola..... 144
Al partir á Italia..... 150
Respondiendo á una invitacion.—Epístola..... 153
A un reo caminando al patíbulo..... 156

A una boca..... 157
Baladas cómicas..... 161
La poesía..... 165
Cantares..... 167
En un album..... 171
Llamando á una puerta.—(Imitacion de Victor Hugo). 172
En Granada..... 175
El arroyo.—(Imitacion de Schiller)..... 179
Buenas noches.—Idilio del dia..... 180
Á la Libertad..... 183
La juventud..... 184
El final de una historia..... 187
Al pueblo..... 188
Un fragmento de la Divina Comedia.—Episodio de Francesca de Rimini..... 189
Memento.—(Traducida de F. Dall'Ongaro)..... 194
Conclusion..... 198

Se halla de venta á 10 reales en la librería del Editor D. Miguel Guijarro, calle de Preciados, núm. 5, y en las principales librerías.

A provincias se remitirá franco de porte, acompañando 12 reales en libranzas ó sellos de franqueo; en este último caso, certificando la carta.

Deacidified using the Bookkeeper
Neutralizing agent: Magnesium Ox
Treatment Date: August 2008

PreservationTechnol

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 842 608 A